DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE

SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

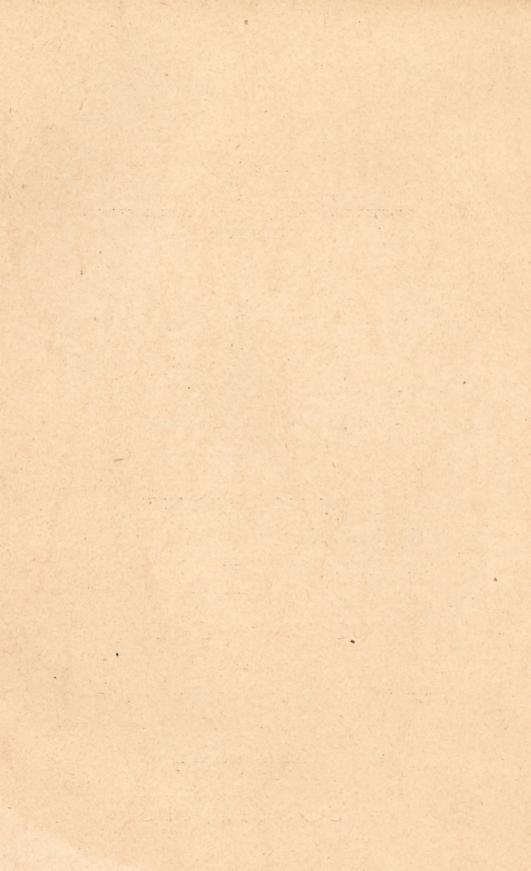
EXCMO E ILMO. SR. D. EMILIO NIETO EL DÍA 8 DE JUNIO DE 1902



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ENRIQUE TEODORO Amparo, 102, y Ronda de Valencia, 8. Teléfono 552.

1902



DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE

SAN FERNANDO

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL.

EXCMO E ILMO. SR. D. EMILIO NIETO EL DÍA 8 DE JUNIO DE 1902



MADRID

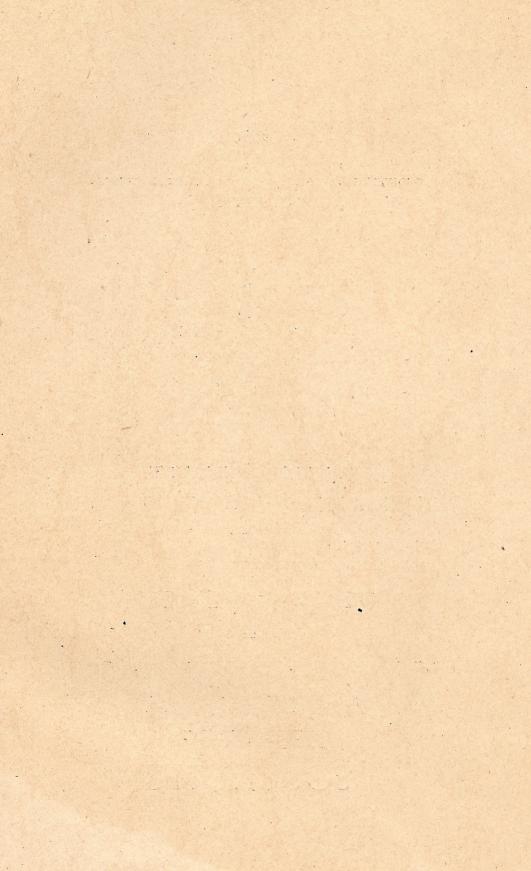
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ENRIQUE TEODORO
Amparo, 102, y Ronda de Valencia, 8.
Teléfono 552.
I QO 2

DISCURSO

DEL

EXCMO. E ILMO. SR. D. EMILIO NIETO

EL DEBER ARTISTICO, INDIVIDUAL Y SOCIAL



Señores Académicos:

Cuando, por su talento, por su virtud, ó por cualquier otra condición relevante, excede mucho alguien de la común medida, figura, más ó menos pronto, en la categoría de los seres privilegiados, poco grata á las muchedumbres; y necesita hacerse perdonar este pecado, devolviendo con creces á los demás, en benevolencia, el tributo, por él cobrado, de forzosa admiración. Debe, pues, emplearse en honrar á los humildes, para hacerles llevaderas las inevitables desigualdades del mundo, y demostrar que, sobre ellas, prevalece siempre, como es justo, el respeto á la dignidad humana, igual para todos.

Con naturalidad maravillosa cumplen tal empeño las almas verdaderamente superiores. De ello dá testimonio elocuentísimo esta ilustre Corporación, al admitir en su seno, por dictado feliz de sus Estatutos, para que vivan y alternen con tanto y tanto excelso varón, gloria de la Patria, á aquellos que, como yo, apenas si pueden alegar, en definitiva, más que un título para tan alta investidura:

su ferviente amor al Arte bello, decoro de la vida. Únicamente esto es lo que premiáis en mí; porque lo demás ni siquiera vale la pena de mencionarlo. Y si hasta ese extremo habeis llevado vuestra generosidad de gran señor, habitual en los artistas, estad seguros, en cambio, de que yo he de corresponder á ella de la manera que me es dable, con una devoción incesante á los elevados fines de nuestra Academia, como menguado interés de mi enorme deuda de gratitud, respecto de la cual nada he de deciros, porque supera al mayor encarecimiento. Si fuese exacto, como afirma un distinguido filósofo pesimista, que sólo con el olvido de los beneficios se alcanza la independencia del corazón, condenado quedaría yo, para con vosotros, á perpetua esclavitud.

Aun cuando, ya lo veis, mi ejecutoria de admirador y no de maestro, me permite llegar aquí, con cierta relativa serenidad, menos turbado que orgulloso de la distinción recibida, cual cumple al elegido por vuestro voto, no por eso me eximo de experimentar, al fin, el sentimiento de mi insuficiencia, en el instante, ahora llegado, de rendir merecido homenaje á la memoria de mi antecesor en este sitial. Resplandor os sobra para iluminar con él á cuantos giran en torno vuestro; pero, con todo ese poder, ¿cómo habréis de conseguir nunca que yo reemplace dignamente á D. Juan Facundo Riaño?

A la más alta posición dentro de esta Real Academia, le habíais elevado en 1898, como justo reconocimiento de su valer; y desde ahí seguía dirigiendo vuestros debates, cuando la muerte le arrebató, con duelo agudísimo de cuantos, por igual, rendíamos tributo, de cariño

entrañable al amigo bondadoso, y de admiración sin tasa al sabio esclarecido. Decir quiénes eran los que le querían y veneraban, equivale á enumerar los que le iban conociendo de veras; porque, al revés de lo que ocurre con muchos hombres, Riaño era de aquellos que, por la delicada y rica complexión de su naturaleza, mayor aprecio alcanzan, cuanto más de cerca y más despacio se los considera.

Para el vulgo de las gentes, su nombre casi no despertaba eco en la memoria. Sonaba como el de una persona conocida, sin que se supiera por qué; de vez en cuando, si bien con gran parsimonia, mencionada en las columnas de los periódicos; y cuya fecundísima existencia pasó, por lo tanto inadvertida, en medio del estruendo producido por las agitaciones pasionales de cada día, que lo mismo se exaltan con la legítima gloria de algún genio extraordinario, como elevan prontamente á encumbradas cimas las figuras del charlatán hiperbólico, del político travieso, del arbitrista audaz y hasta del torero famoso.

Para las clases que, en alguna medida, viven ya dentro de cierto ambiente de cultura, Riaño era, sin duda, una persona muy estimable, de gran ilustración, que había desempeñado durante largo tiempo, con muy buen éxito, la cátedra de *Historia del Arte* en la Escuela de Diplomática, y escrito varios eruditos artículos en Revistas poco conocidas; que pertenecía á las Reales Academias de la Historia y de Bellas Ártes; que había sido varias veces Senador y Diputado, y Director de Instrucción pública allá por 1882, y después Consejero de Es-

tado y Ministro y Presidente del Tribunal de lo Contencioso-administrativo; dejando en todas partes los mejores recuerdos de su gestión. Y á más de esto, se daba por sabido que, fuera de nuestra España, sobre todo en Inglaterra, donde pasó buena parte de su vida, era más apreciado que aquí, y había dado á luz obras muy notables de Arte y Arqueología, aún no traducidas al idioma patrio. Con todo lo cual, sobraba motivo para asignarle distinguido lugar entre las ilustraciones de la época presente.

Pero, para los que tuvieron la fortuna de conocerle de veras, Riaño era mucho más que todo esto. Dejando aparte sus prendas morales, su rectitud, su bondad, su sencillez casi infantil, su amenísimo ingenio, su fidelidad y constancia en los afectos, era Riaño, en el orden intelectual, un hombre de méritos excepcionales, de clarísimo entendimiento, de memoria prodigiosa, de cultura extraordinaria y de laboriosidad incansable, que aplicaba con preferencia sus grandes medios, al estudio serio y fundamental del Arte, por el cual sentía vocación entusiasta.

Era en primer término un crítico. Digo mal; más que un crítico, venía á ser la crítica misma, con las ventajas de este importantísimo proceso mental, y con sus naturales inconvenientes, cuando, por el continuo ejercicio, tiende á hacerse exclusivo. Al juzgarlo todo, en la serena, clara y transparente atmósfera de su espíritu privilegiado, no podía prescindir de juzgarse á sí mismo; y la obsesión de la duda había de atrofiar, en cierto modo, su voluntad, enervándola para la acción inmediata. Achaque

común á las inteligencias refinadas, incapaces por sí solas de poner punto á la deliberación, que se produce y se reproduce en ellas, á cada instante; y mantiene al sujeto en perpetua incertidumbre, como no haga, de pronto, su arrolladora irrupción el sentimiento, arrastrando el albedrío, en una oleada de fe, hacia el mundo de los hechos.

De aquí aquella timidez y aquellos asomos de indecisión que le caracterizaban, así en los actos más sencillos de la vida, como en las obras serias que emprendía, y que continuaba, no obstante, con incansable actividad, una vez acometidas. Por eso, siendo tan trabajador, hizo menos de lo que pudo. Esperando siempre darnos lo mejor. nos privó de mucho que hubiera sido excelente. En el seno de la intimidad, cuando después de alguna de sus improvisadas conferencias acerca de cualquier extremo interesantísimo de la evolución artística de los pueblos, se le excitaba á perpetuar en un libro tan sazonados frutos, solía contestar: «De todo esto, lo ajeno va es conocido, y lo mío no me inspira todavía bastante confianza.» Érror profundo; porque, á todas luces, lo suyo y lo ajeno, modelados, esclarecidos y dispuestos por su criterio perspicaz, formaban un conjunto armónico, de originalidad positiva.

Así es que aquel hombre, mezcla feliz de la seriedad británica y de la gracia meridional, frío de apariencia y vehementísimo en sus sentimientos, calmoso y reflexivo en sus actos y regocijado y ocurrente en la conversación, malicioso y cándido á la vez, entusiasta creyente en la virtualidad del Arte, y escéptico resignado, en cuanto á sus efectos inmediatos; aquel hombre, á primera vista

tan contradictorio, acaso por su modestia sin par, quizá por su altivo desprecio de la vana notoriedad, y, sin duda también, por las tareas de índole muy distinta que embargaron gran parte de su tiempo, mostrábase tan diligente acaparador de los mayores tesoros del saber, enriquecidos y ordenados por su certero juicio, como perezoso y hasta esquivo, para lanzarlos luego á la publicidad.

No dejó, sin embargo, de hacerlo á maravilla, cuando el deber, de que era celoso cumplidor, se lo impuso de alguna manera. Además de las preciadas monografías sobre asuntos de Arqueología y de Arte, que honran las columnas del Museo español de antigüedades, de la Revista de España, del Boletín de la Institución libre de Enseñanza, y de la importante obra consagrada á nuestros Monumentos arquitectónicos, dan testimonio relativo de su valer los magistrales discursos leidos en su recepción, en esta Real Academia y en la de la Historia, referentes, el uno, á los Orígenes de la Arquitectura arábiga, y el otro, á las Obras de D. Alfonso X; trabajos ambos, en que agotó la materia de su investigación, con una competencia verdaderamente insuperable. A ellos hay que agregar la lucidísima serie de sus informes académicos, sobre multitud de asuntos, que llenan los Boletines de ambas Corporaciones.

En inglés, publicó, en diferentes épocas, entre otros, un estudio sobre la *Música antigua cspañola*, abundante en geniales observaciones; el Catálogo de los objetos españoles del Museo South-Kensington, de Londres; y un precioso libro, sobre nuestras *Artes industriales*, escrito por encargo del Comité del Consejo de Educación; y

en el cual se describen y examinan detenidamente las obras de oro, plata y hierro, y los bronces, armas, muebles, marfiles, porcelanas, cristales y tejidos, de carácter artístico, fabricados en la Península; se comparan con los de otros pueblos; se les asigna su valor y su trascendencia; y se exponen los orígenes de su producción y las vicisitudes por que ha pasado cada una de las industrias productoras. Asombra la riqueza de datos y noticias allí reunidos; y asombra más aún, es triste decirlo, que una obra semejante, la única completa en su clase que poseemos, acerca de nuestro Arte decorativo, no haya sido traducida todavía á la lengua castellana.

Esto es cuanto el *gran público*, culto y hasta políglota, ha podido conocer de Riaño. Porque, ni de la Memoria de su Comisaría en el Congreso de Ciencias de Londres, celebrado en 1870 (que presentó en el Ministerio de Fomento, y aún debe de permanecer allí inédita), se ha llegado á tener la menor noticia; ni tampoco se ha de saber nada del importante trabajo, por él últimamente emprendido, sobre *inscripciones cúficas*, que, por desgracia, dejó muy en sus comienzos.

Resulta, pues, como ya he dicho, que su labor literaria, con ser tan considerable, no alcanza á dar la justa medida de aquel espíritu de altos vuelos, cuyos secretos nadie más que sus discípulos y sus amigos tuvieron ocasión de sorprender; como ocurre con aquellos relicarios de nuestras Catedrales, que muestran á la generalidad de las gentes ricas preseas, pero, solo en determinadas ocasiones, abren las puertas de su último camarín, para ostentar, ante los deslumbrados ojos de algunos favores

cidos, sus mejores joyas, refulgentes de oro y pedrería.

Asistiendo á su cátedra de la Escuela de Diplomática, acompañándole en sus frecuentes excursiones, inspirándose sin cesar en sus palabras y en su ejemplo, han recibido muchos, hoy maestros de la generación presente, sus doctrinas acerca de un Arte sano, virilmente identificado con la vida, así como las fórmulas eficaces de su difusión y cultive; y, sobre todo, la manera de estudiar la Historia, no mediante relatos indigestos y descripciones quiméricas ó, por lo menos, descoloridas y vagas, sino, por el contrario, con la práctica diaria, con las visitas á lugares, monumentos y museos, ó, siquiera, con representaciones gráficas ó plásticas, que equivalgan, en lo posible, á la vista real. Así ha influído Riaño, casi sin darse cuenta de ello, en el progreso del país, mucho más de lo que se cree. Alguno de sus oyentes ha recordado que, á veces, una sencilla observación suya, hecha de paso, le dió márgen para hondas meditaciones durante largo tiempo. Tal era, en verdad, el efecto que solía causar aquella naturaleza poderosamente sugestiva.

Esta cualidad sirvió á Riaño, gracias á sus frecuentes viajes por Europa, bien aprovechados por su sentido tan observador como circunspecto, para desempeñar, con fortuna, antes que otros, en punto á Enseñanza en general, el papel de mediador entre nuestra cultura y la extranjera. Españolizando ajenas ideas, contribuyó á crear algunas instituciones, que figuran entre las escasas, donde se refugia la esperanza de mejores días, para la maltrecha Instrucción nacional. A él se debe la inteligente reforma de la Escuela central de Maestras de Madrid, que la co-

loco muy por encima de los demás institutos de primera enseñanza; y el *Curso especial de párvulos*, con su Patronato de señoras, de tan excelentes resultados. Por su iniciativa tenemos el *Museo pedagógico*, organismo modelo, del que, por caso raro, podemos enorgullecernos; y cuyos servicios á la función docente, en sus varios aspectos, vienen siendo inapreciables. Y en fin, merced á su gobierno, el *Museo de reproducciones*, aparte de su actual oficio educador, abre horizontes y ofrece desarrollos, fecundos en resultados para el porvenir del Arte patrio.

Más, mucho más valen, que abultado bagaje de libros doctrinales al uso, estas obras vivientes, hijas predilectas de Riaño. No llevan su nombre; pero parece que allí, lo repiten los ecos, á todas horas, y por todos sus ámbitos, como amorosa invocación al padre ideal que debe vivir siempre. También aquí, estoy seguro de ello, consagraréis, con frecuencia, á vuestro perdido compañero, tributos harto más elocuentes que este pobre mío. Perdonadme que haya distraído con él, acaso por demasiado tiempo, vuestra atención. Grato resulta para los vivos, disputar su presa al olvido eterno, más cruel que la muerte; pero, ahora, era para mí, además, piadoso deber, este de procurar que reviviera, por algunos instantes, la simpática figura de mi ilustre antecesor. Dirijamos juntos las miradas y el corazón á las alturas, acariciados por la consoladora certidumbre de que, allá, en sus senos ocultos, hay algo que tiembla de placer ante nuestro recuerdo, y, fiel á sus terrenales ensueños, á nosotros viene, y con nosotros piensa, ama y espera.

Y vamos ya, en obediencia al precepto reglamentario, á discurrir acerca de algún asunto relacionado con los nobles fines de esta Corporación. Dado por indiscutible que no puedo enseñaros nada, y que, en cambio, me importa hablar de aquello que, sobre resultar más agradable para vosotros, ó bien, menos ingrato, por ser discurso mío, mejor refleje el sentido de mi modesta personalidad en este recinto, no encuentro dudosa la elección.

Vengo aquí, como ya dije, á título de partidario entusiasta de los fueros del Arte, en el concierto de la Vida; y lo que, primero y más hondamente, debe afectarme, es la tendencia, amparada por algunas teorías y muy corriente en la práctica, á mirar todo cuanto se refiere á la realización de la belleza como una empresa de relativo interés, estimable, sí, pero reducida, al cabo, á proporcionar momentos de encantador solaz al ánimo fatigado por las contrariedades de la existencia, á entretener los ocios del descanso, en medio de los varios fines que solicitan seriamente la actividad; digámoslo de una vez, como un deporte exquisito, superior, desde luego, á los demás, que durará, seguramente, en una ú otra forma; pero que, por último, habrá de ir desapareciendo, según los hombres, mejor penetrados de sus destinos, vayan produciéndose más ordenada y sabiamente, con manifestaciones de mavor substancia.

Contra semejante monstruosidad, se levanta, por encima de los datos de la reflexión, anticipándose á todo, la protesta enérgica de nuestros más arraigados sentimientos. Enfrente de ella, urge poner resueltamente otra afirmación: la de que el Arte es un fin tan alto y tan funda-

mental como cualquier otro; más aún, la de que el órden ético universal gobierna, con el mismo imperio, al sabio, al hombre de Estado, al filántropo y al artista; y hay, por consiguiente, una Ley suprema que, con iguales requerimientos, impone, entre otros, á la Humanidad, el deber artístico, individual y social.

-

Temas como éste exigen, para su cabal desarrollo, con verdadero rigor científico, tras el estudio previo de diversos problemas capitales, una indagación sistemática, que nos vaya dando formada la doctrina. Pero no es posible tratarlos así, en esta clase de solemnidades. Aquí se traen los resultados, las impresiones personales, la dirección razonada del pensamiento de cada uno, y la manera como se le ve incorporado á los hechos de la vida real. buscando los efectos de conjunto que hagan, si á tanto llega la fortuna, sentir la verdad, sin necesidad de dejarla analíticamente demostrada. Fruto, claro está, han de ser estos trabajos, de atenta meditación, quizá mayor que la que implican otras obras de más aparato docente; pero el buen gusto les prescribe una carencia total de pretensiones, en términos de que, por la naturalidad con que vavan examinando los asuntos, conforme salgan al paso, parezcan, no la exposición de lo que se tiene pensado, sino, más bien, la confidencia cordial de lo que se está pensando en el momento.

Procuraré, hasta donde la índole del caso lo permita, encerrar mis consideraciones dentro de los límites de una filosofía del sentido común, llana y asequible. De todas maneras, siempre he reputado tarea muy provechosa ésta de buscar la razón de los hechos vulgares y la forma sensible de los altos principios.

Sospecho, sin embargo, que, á pesar de tantas protestas de mi buen deseo, no faltará alguno, poco dispuesto á deponer su prevención respecto de todo aquello que, de cerca ó de lejos, se relacione con el examen de los fundamentos del Arte. La enemiga contra la Estética por parte, no ya de ciertos pseudo prácticos, refractarios al sentido artístico, sino precisamente de aquellos que le ejercitan de continuo y á la creación de obras artísticas viven consagrados, es un fenómeno, explicable, al fin, como todos, y que en cierta manera se justifica, con tal de dejarle reducido á sus legítimas proporciones. Censúrense, en buen hora, los desafueros cometidos á nombre de la Estética: lo que no puede hacerse, es consumir la existencia entera en el cultivo de lo bello, y negar que hava una ciencia dedicada al estudio de ese orden de la actividad humana.

Artistas habrá que trabajen muy á gusto sin oir hablar de ella; pero no les asiste derecho para elevar á teoría su propia inconsciencia. Entre los hombres, muy pocos tienen claramente formada la idea de la Vida; y no por eso se atreve nadie, que yo sepa, á proscribir la Biología. Las generalidades de todas las cosas son tan necesarias como cualquier particularidad. Sin ellas resultan imposibles los hechos, como tampoco hay nada general

sin un hecho determinado á que referirlo. Necesitamos acostumbrarnos á reconocer una verdad, muy desatendida con frecuencia; es á saber: que así como no hay objeto posible, sin un sujeto que le contemple, así también, además del mundo fenomenal, donde, á nuestra vista, todo se produce y se reproduce sin cesar, hay un mundo ideal, que penetra por nuestro ser, como atmósfera sutilísima; y, sin conciencia ó còn ella, al propio tiempo que el aire, respiramos ese ambiente, del cual están, por lo tanto, impregnados todos nuestros actos.

La Vida no es más que realización de ideas. Nuestro proceso exterior, al resolverse en hechos particulares, corresponde al proceso interior que se determina en generalidades. Por eso, los que, á fuer de hombres positivos, se burlan más de la Filosofía, no cesan de filosofar por su cuenta, á propósito del menudo suceso diario, apenas tratan de explicarse la razón de la conducta propia ó ajena. Ser filósofo equivale á ser racional. Por poco que sepa lo que hace, el artista sigue su Estética particular al hacerlo. De ella toma, al menos, su concepto de la forma, de las líneas, de los colores, de su combinación y de los medios técnicos más adecuados para ciertos efectos. Si el arte literario, cuyo medio de expresión ofrece tantas facilidades, pide, no obstante, severa disciplina para forjar obras de consistencia, qué decir de las artes gráficas y plásticas, que con tantos obstáculos luchan, por su especial naturaleza, tan bien distinguida, desde Lessing acá, de la correspondiente á la Poesía, y, asimismo, por el penoso aprendizaje, notorio á todas luces, que implican sus procedimientos de ejecución?

Nada tan contrario á la verdad como suponer que las soberanas creaciones artísticas se forjan de momento, sin preparación reflexiva, por ciego arranque de un sentimiento tumultuoso. Esto no puede sostenerse en serio; porque no hay artista, grande ni chico (y cuanto más grande menos) que, entre los varios factores de su trabajo, no considere indispensable la dirección de una actividad inteligente. Importan, sin duda, en primer término, la íntima convivencia con la Naturaleza y la observación cuidadosa de la realidad. No hay lección de Estética, semejante en eficacia á la recibida, contemplando con religioso recogimiento, á la vez con los ojos del cuerpo y los del alma, portentos como el Parthenon, el Laocoonte, La Transfiguración, la Catedral de Reims, el Moisés, el cuadro de las Meninas, ó las Puertas del Paraíso de Ghiberti. Pero, al lado de éstas y de tantas otras vivas encarnaciones de la suprema belleza, para hacerlas sentir más hondamente, para que se vea con mayor claridad y resulte sistemática su enseñanza; en suma, para dar orden y orientación á las ideas, está el trabajo de los hombres insignes que, con su genialidad sugestiva, en medio de sus naturales errores, procuran ir alumbrando con el pensamiento, los arcanos de la producción artística.

Una Estética así, propicia siempre á esclarecer y ensanchar el horizonte del artista, sin cohibir sus facultades, es, para él, tesoro de alto precio. De quienes la juzgan ligeramente, por unas cuantas extravagancias que conocen de oídas, de quienes, con esto, niegan en redondo su legitimidad, sólo cumple decir que no están enterados. Si se tomaran la molestia de pasar la vista, no ya por las

admirables páginas en que trata Hegel, con sencillez encantadora, de las cualidades del genio y del talento, de la imaginación, del estilo y de la originalidad, ni por las que Vischer destina á examinar la belleza histórica y la de los reinos vegetal y animal; sino por las más conocidas de Taine, acerca de la escultura en Grecia y de la pintura veneciana y flamenca, ó por algunos de los centelleantes folletos de Rüskin, de fijo saldrían de su lectura con el espíritu engrandecido, mejor dispuestos al cumplimiento de su misión.

Ahora bien, para que la Estética haga su oficio de auxiliar eficaz del artista, en vez de servirle de enojoso estorbo, necesita recoger directamente la inspiración, en el mundo donde aquel se agita, nutriéndose con la Historia y con la realidad actual, cuyas complejas relaciones suministran al rígido esqueleto de las ideas, la carne y los contornos indispensables para construir el organismo de una teoría. Cuando, orgullosa de su saber abstracto, sin dignarse descender de las alturas enriscadas del pensamiento puro, pretende sacar de allí todo el contenido de una ciencia práctica, provoca general rebeldía contra sus mandatos caprichosos, sus fórmulas estrechas ó vacías y sus conclusiones, á veces hasta contradictorias.

No hay manera de legislar acerca de lo que se ignora; y muchos filósofos, ábsortos en medio de los datos analíticos de la reflexión estática, desconocen, por completo, la condición esencialmente dinámica del Arte. Por eso, ocurre que, salvo contadas excepciones, los artistas que son, además, grandes pensadores, aciertan más en sus críticas, cuando escriben, que los filósofos de profesión.

Les faltan metódo y exactitud de lenguaje; pero ven con mucha mayor claridad. Atestigua este dato cuán obligado es buscar la verdad positiva, donde se encuentra, lejos de los polos del dogma y del empirismo, en el centro luminoso donde se desenvuelve robusto el proceso de la Vida, con la cooperación de los que piensan y de los que hacen, influyéndose mutuamente, sin confundirse, para lograr en el conjunto y en cada una de las partes, á través de la incesante renovación, requisito de la permanencia, el mayor grado posible de ese sano equilibrio que, en el cuerpo, es la salud, y en el alma, la suprema sabiduría.

Mas ya que, siquiera sea de pasada, he hablado de la legitimidad del elemento reflexivo en el Arte, permitidme, señores, que termine con alguna consideración, á mi juicio de interés. Bueno es que se alumbre el sentimiento y se encamine la voluntad de los artistas hacia nobles fines; bueno que se enriquezca su inteligencia con las enseñanzas de la Historia y el conocimiento de las conquistas de la investigación científica; bueno que se magnifique y se ensanche su ideal; pero, por Dios, no nos empeñemos en hacerlos sábios perfectos, á la fuerza, como si se tratara de sencillos habitantes de alguna de esas regiones orientales, de vez en cuando favorecidas, ya sabemos á qué precio, con los primores exquisitos de la civilización moderna.

Natural es que opongan resistencia á romper, con el análisis implacable, los hechizos de la forma, madre amorosa que alimenta su genio creador; y procuren aprender y concebir, no como profesores de Lógica, sino como tales artistas, prestando á su saber, en la fantasía, concre-

ción sensible. Imaginando viven. Para ellos, según afirma el apóstol moderno de la belleza, «la flor es el fin de la semilla». Respetemos su creencia, de igual modo que respetamos á quienes no piensan más que en cosechar el fruto; y pues que los hombres, en efecto, como las semillas, deben cumplir diversos destinos, demos á cada uno el suelo y el cultivo que su especial condición reclama.

No sin reservas debe repetirse con el vulgo aquello de que «la ciencia nunca estorba»; porque hasta lo mejor estorba cuando resulta excesivo. Bien sabido es que el desarrollo anormal de unas facultades se suele obtener á expensas de otras. A la extensión dada al estudio de las matemáticas, en la segunda Enseñanza, atribuyen ahora algunos pedagogos, nada menos que el decrecimiento de la energía moral de la raza, sosteniendo que el abuso del cálculo hace al matemático inhábil para toda función práctica. Sea como fuere, lo que aparece indudable es que, cuando la crítica, la erudición y el razonamiento puro, saturan un determinado espíritu artístico, más de lo que su capacidad consiente, va éste, poco á poco, haciéndose infecundo. Los grandes genios, amparados por la fortaleza de una imaginación y de un sentimiento excepcionales, pueden levantarse impunemente á las mayores sublimidades de la especulación, y aun aprovecharlas para agigantar sus creaciones. Tal es el caso de Goethe, de Schiller, de Leonardo de Vinci. Pero aquellos que no tengan semejantes alientos, cuando los primeros avisos del certero instinto les prevengan contra la cantidad ó la calidad de su labor intelectual, harán muy bien en suspenderla, volviendo los ojos á la Naturaleza, maestra infalible del artista.

En resolución, aun cuando nada ha estado tan lejos de mi ánimo como tratar aquí el grave problema de los fundamentos de la Estética, al discurrir someramente acerca de su legitimidad, bien á las claras dejo ver mi opinión de que la famosa antinomia de Kant, entre lo que éste llama el juicio universal y el juicio singular del gusto, ó sea la Ley de lo bello y la libertad del artista, puede resolverse parcialmente, como todas las antinomias, en absoluto insolubles, reconociendo á la Estética la dignidad de ciencia, pero á condición de que ocupe la zona más apartada del campo de las llamadas exactas. Es decir, que, en el Congreso del saber, la Estética pertenece á la extrema izquierda de los legisladores, como representante, en primer término, de los fueros de la espontaneidad.

Esta es, en efecto, la capital exigencia de la producción artística. Sin ella, lo que se haga será cualquier cosa menos obra genuinamente bella. El puro Arte erudito, si tal nombre merece, forjará trabajos acabados, que convenzan ó persuadan; pero nunca provoca la dormida emoción estética en el alma, á donde no llegan los ecos del aplauso á sus primores. La naturalidad, la frescura, la sencillez infantil del mundo helénico, constituyen el mayor atractivo de sus bellezas imponderables, que, en vano, tratan luego de dar como suyas los pseudo-clásicos, con sus áridas imitaciones. La ignorancia es falta que aquí fácilmente se perdona; la afectación y la frialdad son pecados mortales

Pocas figuras hay tan antipáticas, y aun tan contraproducentes en sus efectos, como la del artista vestido de dómine. Gusta al hombre gozar serenamente la obra bella, libar por sí mismo su enseñanza, cuando la hubiere, y hasta descubrir misteriosos derroteros que trasciendan de su positivo contenido. Los grandes monumentos artísticos que viven á través de las generaciones, se prestan, por lo común, á esta dilatación espontánea. Son actos, en parte sublimemente indeliberados, en los cuales, el poderoso genio de sus autores les lleva á simbolizar, sin saberlo, en fórmulas concretas, algo mucho más hondo y más alto que su propio intento.

Y por eso precisamente resultaron. Si Cervantes se hubiese propuesto describir la perpetua lucha entre el realismo y el idealismo, y si Shakspeare hubiera querido resolver el abstruso problema del conturbado espíritu del hombre, habrían escrito libros, más ó menos estimables, probablemente medianos; pero, de fijo, no se embelesaría hoy la Humanidad con el *Hamlet* ni con el *Quijote*.

Peregrinan la Ciencia y el Arte por caminos distintos, aunque muy á la vista, y prestándose mutuo auxilio. A la entrada de estos caminos debieran colocarse, una en cada uno, las dos encarnaciones del eterno misterio, que nos ha legado la intuición del pueblo griego: el oráculo y la esfinge, el oráculo, que, á todas horas, aconseja al sabio: conócete á tí mismo; la esfinge, que no cesa de repetir al artista: adivina ó te devoro.

11

Claramente se desprende de cuanto llevo dicho, y, sobre todo, de mi opinión adversa al propósito docente por parte del artista, mi conformidad con la doctrina llamada del Arte por el Arte, si bien con sentido muy distinto del profesado por quienes la pregonan, á título de pabellón protector de obras insignificantes ó hueras, incapaces de levantarnos ni una línea sobre la tierra. La distinción, en lo viviente, no implica la falta de relaciones; al contrario, las exige, para lograr concursos fecundos, como los del sentimiento, la inteligencia y la voluntad, que, con ser diversas funciones, tan compenetradas nos presenta la actividad del sujeto.

De todas maneras, es el caso que, á primera vista, este desinterés de la producción artística parece en pugna con su trascendencia en la Vida, tal como me he permitido afirmarla, en el comienzo de mi discurso; y tanto, que, desde luego, suelen tomarle como punto de partida los mantenedores de la tesis contraria. Porque si el Arte bello no persigue expresamente el fin científico, ni el moral, ni el de la gobernación de los pueblos, ni el de la salud y el bienestar de los individuos, ¿qué otro recurso queda sino reconocerle como una finalidad sin fin, según le definiera la crítica kantiana? Si nada serio nos depara, ¿no habremos de fundar la razón de su existencia en la necesidad de lo supérfluo, para descanso y expansión de la naturaleza humana?

¡Áh! ¡Cuán difícil sería entender lo contrario, sin dilatar la vista á otros horizontes! Todo depende de esto. Aceptado un punto de partida, la lógica lleva hasta las conclusiones extremas, á no cometer, como ocurre muchas veces, pecado de inconsecuencia, para sacar á salvo los fueros del buen sentido. En el mundo del pensamiento, ante los datos inmóviles, abstraídos para su estudio, Kant hubo de advertir, tras largo razonamiento, que, no derivándose el juicio del gusto de ningún principio racional puro, careciendo de concepto necesario en que fundarse, no es dable la Ciencia de lo bello, sino simplemente la crítica individual, cuyas apreciaciones toman, sin embargo, apariencias de reglas universales, porque, siendo desinteresadas, estima el sujeto que deben entenderlas todos de igual manera. No cabe, según esto, considerar el Arte más que como un libre juego de nuestra inteligencia, sin fin alguno determinado.

Esta doctrina que, á pesar de su estrechez intelectualista, ha prestado, en su desarrollo, eminentes servicios á la misma Estética que pretende negar, ha sido interpretada y desenvuelta en varias direcciones, por otros muchos, entre ellos, Schelling, Schiller, Schopenhauer y Renouvier; y aun cuenta algunos adeptos entre los actuales filósofos espiritualistas. Schiller, sobre todo, la hizo base de sus admirables trabajos, aun cuando, como eximio artista que era, á diferencia del maestro, logró sacarla de la indecisa penumbra en que éste la dejara, para traerla á la luz del Sol, infundiéndole el calor vital de la acción, al demostrar que ese excelso juego estético, en el cual la libertad se ejercita más que en otro momento alguno, por lo mismo que no obedece á las necesidades del entendimiento, ni á los motivos morales de la voluntad, desempeña el capitalísimo cometido de mediador entre los apetitos ciegos de la Naturaleza y los puros dictados de la Razón; de tal manera que, sin hacer, primero, estéticos á los hombres, es imposible que sean verdaderamente racionales.

Adviértese, pues, que la negación de fin propio para el Arte, tiene, en los pensadores idealistas, más importancia teórica que práctica. Sus conclusiones, si pecan, á veces, de convencionales ó de rígidas por su defecto de origen, van generalmente bien orientadas; v. dándole más ó menos importancia, según el criterio de cada uno, respetan siempre el decoro de la función artística. Desde donde esa doctrina hace sus naturales estragos, es desde el campo de la llamada ciencia positiva, al cual se han apresurado á trasplantarla sus cultivadores. Allí, á la fantástica abstracción de las ideas han contestado con la ruda abstracción de los hechos, en cuyas entrañas procuran penetrar, guiados por el exclusivo propósito de reconocer la aptitud de cada uno de ellos para el cumplimiento de las funciones vitales; lo que les conduce, merced á paciente recopilación de noticias y observaciones, á ratos ingeniosas, á ratos pueriles, hasta el intento de una especie de Metafísica de la Utilidad.

Convicta y confesa la pobre actividad productora de lo bello, de que no se propone hacer cosa alguna de provecho efectivo, declarada queda empeño superfluo; y sus obras han de incluirse entre los artículos de lujo. Tan severa es la sentencia de inutilidad irremisible, que Grant Allen, uno de los apóstoles de la doctrina, llega hasta decir que si, por ventura, un músico entusiasta se encontrara de pronto con que las melodías servían, como manjares, para satisfacer el apetito, en el acto dejaría de considerarlas bellas. No admite, por lo visto, que pudieran parecer á un tiempo, bellas y útiles, aunque en distinta relación, como nos ocurre con los frutos pendientes de los árboles. Aplicando esta regla, tendría el artista que desconocer el mérito estético de sus producciones, en cuanto hubiera quien se las pagase á buen precio.

Resultaría, sin embargo, la filosofía utilitaria inconsecuente consigo misma, si no entendiese, al cabo, que todo, hasta lo más inútil, sirve de algo, mientras dura: porque, de lo contrario, no se explicaría su existencia. De aquí sus prolijos estudios acerca del significado, en la Vida, del juego en general, y del indudable placer que produce; cuya explicación encuentra en que, jugando, goza el hombre, al desahogar la actividad nerviosa que le pide inmediato desgaste, cuando, por exceso de nutrición, recarga demasiado alguno ó algunos órganos, no ejercitados, durante largo tiempo, en cualquier trabajo serio. Así como el gato aplaca sus ansias cazadoras, afilando las uñas en los muebles, así tambien, los seres humanos calman su prurito de acción, simulando los empeños de la existencia, según las aficiones ó necesidades de cada uno, con ejercicios físicos, con pasatiempos de reflexiva frivolidad, ó con las producciones diversas del Arte. En estas últimas, nace, desde luego, el deleite estético, no solo del grato empleo de la energía superabundante, sino, además, de que se vé, por ellas, obtenido el mayor resultado, con el menor esfuerzo posible.

Según Spencer, la Retórica enseña á economizar el tiempo y la fuerza; y, en las artes gráficas y plásticas, la curva se nos antoja más bella que la recta, porque ésta, con su trazado ó su recorrido inflexibles, atestigua la lucha con los obstáculos que se oponen en el camino; mientras aquélla, con su ondulación, los sortea; y agrada por su encantadora facilidad, bien patente, por ejemplo, en los graciosos movimientos del baile. En suma, no hay aquí más que un entretenimiento sin consecuencias, en el cual se gasta, de un modo juicioso, la parte sobrante del caudal destinado á la tarea positiva de la vida. Lo extraño es que, después de rebajar así el puro sentimiento de lo bello, hasta convertirlo en la satisfacción de haber hecho un negocio, en excelentes condiciones económicas, todavía se permitan llamar á eso que nos dejan, función desinteresada.

Ni el consuelo queda de ver distinguido el recreo artístico con los honores de una jerarquía superior. Apuntan algunos la intención de otorgársela; pero la generalidad entiende, acertadamente, que no hay motivos para tanto en la doctrina. En rigor, la única distinción que puede hacerse, según Grant Allen, entre los placeres estéticos y los propios del juego, consiste en que los primeros son más bien pasivos, porque nacen de la contemplación del objeto; y los segundos activos, porque los sienten quienes toman parte en ellos. Con lo cual, por un lado, se desconoce la emoción del artista al crear su obra; y, por otro, se viene á colocar en iguales condiciones afectivas al que se extasía ante los Ángeles músicos, de Van Eyck, y al que asiste, como espectador, á las peripecias de una partida de bolos ó de billar.

No sigamos adelante. Bastan estas someras indicaciones para convencernos de que la escuela inglesa, cuyo eficaz concurso al progreso moderno de las ciencias sería insensato discutir, no merece, en cuanto al fondo de su concepto estético, grandes homenajes de admiración.

Ciertamente, no todos los partidarios actuales del evolucionismo positivo se muestran de acuerdo con tales afirmaciones. Entre sus impugnadores, se destaca Guyan, literato cultísimo y pensador de altas miras, á quien ha sorprendido la muerte, en su rápida ascensión á más altas regiones de la especulación filosófica. Acepta el punto de partida; admite que el Arte es juego; pero añade que luego va siendo otras muchas cosas más; y estudia su espléndida manifestación en el proceso entero de la Vida y del pensamiento humano. Por desgracia, las preocupaciones de su monismo naturalista le impiden ver el coeficiente espontáneo que interviene en la formación de las cosas, determinando su diversidad real; y negado este dato indispensable, para salvar la dignidad de lo bello, tiene que llevarlo, contra su voluntad, hasta una especie de futura identificación con la Moral, con la Ciencia y con el cumplimiento del fin social.

Partiendo de la unidad exclusiva, por mucho que se la agrande, nunca se puede salir de ella. En definitiva, entiende Guyan que si, en el pasado remoto, no hubo nada bello más que lo agradable, en el porvenir, de acabada perfección, no habrá nada agradable más que lo bello, gozado por la integridad del sujeto, mediante la depuración de su inteligencia y sus sentimientos y con el concurso de los sentidos todos; á los cuales atribuye, por cierto, propia

capacidad estética; de manera que el olfato aprecia los primores del Arte de la perfumería; el gusto los del Arte culinario; y el tacto, cuya superioridad estética proclama, experimenta las más ricas y variadas emociones, muchas de ellas atribuídas, después, á la vista ó al oído, por la costumbre que tenemos de considerar á estos dos sentidos como los únicos intermediarios de la función artística.

¡Lástima que los resabios materialistas y el horror á cuanto implique el libre arbitrio, al cual califica de hipótesis científicamente extraña, opongan barreras infranqueables á los vuelos del pensamiento de Guyau! La teoría que expone en sus libros, siempre inspirados, está llena de confusiones y vaguedades, á través de las cuales se advierte el penoso empeño de conciliar lo inconciliable: el determinismo unitario con el libre proceso viviente.

Mucho más que la doctrina, valen las geniales aplicaciones que, sin temor á contradecirse, formula con su intuición de artista y su sagaz sentido observador. Desde luego constituye para él una gran gloria la briosa defensa que, contra los suyos, hace del carácter fundamental de la producción artística y de la necesidad de considerarla, bien despojada de los prejuicios intelectualistas, en la acción constante de la Vida, donde se determina sin cesar.

Allí hay que verla, en efecto; mas no como resultado de una evolución rígida, que sustituya á la inmovilidad del análisis, el mero movimiento automático, consecuencia de un desarrollo preconcebido. Importa contemplarla en la inagotable variedad de sus formas, haciéndose y deshaciéndose de continuo, por su genuina virtualidad, mediante las realizaciones paralelas de la Naturaleza y el

Espíritu, parcialmente refundidas en la superior de la plena actividad humana, y envueltas, como en tenue atmósfera, por el límite negativo de la eterna indefinición, que, al afirmarse de algún modo, por el contraste, y al volverse en parte positivo, provoca lo que Shelley llama «las visitas de la divinidad al hombre», permitiéndonos comulgar con lo Absoluto, en alas del sentimiento, numen insustituible, harto desatendido por todos, no obstante que su ausencia se traduce muy pronto en mortal parálisis, así en el mundo de las teorías como en el de los hechos.

Arte, en general, bien lo sabemos, es la práctica adecuada á un fin cualquiera. Procede con arte quien obtiene, con sus actos, las condiciones oportunas ó precisas para el cumplimiento de lo que se proponga. Necesita, pues, sobre todo, atender á la naturaleza de ese fin, para llenar sus exigencias; y con relación á ellas ha de dirigir su actividad, considerando lo que produzca como medio tan solo para el logro del intento, el cual habrá de ser el que justamente califique esa actividad. Así es que, para el gobierno de los pueblos, hay un arte político; para la práctica del deber, un arte de la moralidad; para la conservación de la vida, un arte médico; para satisfacer, en suma, cada una de las necesidades del individuo, un arte útil correspondiente.

De igual manera, el Arte bello, si no ha de resultar infiel á su nombre, si no ha de dejar de ser lo que es, habrá de dedicarse á producir la belleza; pero como ésta aparece en los mismos objetos producidos, resulta que, á diferencia de los demás, en este arte, los frutos de la acción creadora, en vez de recibir valor sustantivo de su

utilidad para un fin extraño á ellos, llevan en sí toda la razón de su existencia, si son bellos. Por eso se le llama Arte por excelencia, Arte puro, sin otro fin que el de su propia realización.

El problema que nos interesa resolver después decuanto va dicho, es, por consiguiente, el de la significación de eso que llamamos belleza, en los destinos del hombre. La dignidad, el alcance y la trascendencia del Arte dependen por completo de lo que represente la belleza, en la Vida. Vamos, pues, á preguntárselo á la Vida misma.

III

Aconseja Rüskin al artista que sea humilde ante la Naturaleza. Mucho más obligada es, aún, esa humildad, «libre de las pretensiones de una Ciencia insolente», ante el enigma de los enigmas, ante la Vida. Esta función suprema que lo conserva y lo transforma todo, á un tiempo, con libertad incoercible, no tolera interpretaciones arrogantes, ni siquiera definitivas. Su fórmula debe ser, como ella, viviente; más categórica, conforme reconozca mayores contradicciones, y procure irlas conciliando parcialmente; más elevada, según se encierre mejor, dentro de sus justos límites; más perfecta, á medida que deje mayores facilidades á su indefinido perfeccionamiento; y más luminosa, en fin, cuanto más claramente aprecie, tras de los objetos, las nieblas, que en parte los desvanecen; y

en lugar de impacientarse por esa penumbra, la bendiga; entendiendo que el día funesto para el Arte, el más triste para la Humanidad, sería aquel día, imposible por fortuna, en que lográramos comprenderlo todo.

Con tan modesta disposición de espíritu, bien oportuna ahora, veamos, de una rápida ojeada, cómo se nos ofrece lo bello en el mundo. Distingámoslo, primero, de otras realizaciones, con las cuales se le ha confundido frecuentemente.

Desde luego, nos consta que la belleza no es la verdad, aun cuando algunos hayan tropezado con esta conclusión, al término de sus teorías. El buen sentido nos dice que son cosas distintas el enunciado de un problema de trigonometría y una obra bella; y que cumplen cometido muy diverso el artista y el sabio. Se puede, y aun se debe, en cuanto fuere dable, hacer bellamente una exposición científica; pero la que más atractivos ostenta es, muchas veces, la más falsa ó la más deficiente.

Ni aunque entendiéramos aquí por verdadero, nada más que lo real, es decir lo que nos aparece en el orden de los hechos, cabría mantener esa pretendida identidad. Claro es que el Arte se ha de inspirar en las realidades de la Naturaleza y del Espíritu, porque solo nos interesa de veras aquello que, de algún modo, se relaciona con lo viviente y lo humano. Claro es que si se fundase en la pura ficción, indicada por Schiller, estaría muy lejos de embargar nuestro ánimo. Pero, asimismo, es indudable que, al reproducir, á su manera, la realidad, no se limita á copiarla, como tantos y tantos repiten de continuo, sin plena conciencia de lo que dicen.

En frente de un espectáculo cualquiera, el hombre, aunque en ello se empeñe, no puede reflejarle como un espejo, ó una máquina fotográfica. Por algo es ser activo; y como tal, no le copia, le interpreta. Cuán variadas son esas interpretaciones, según las aptitudes de cada uno! ¡Qué distancia entre lo que aciertan á vislumbrar los espectadores vulgares y lo que claramente ven los artistas! Y entre éstos ¡qué diversidad de visiones! Porque Fra Angelico vió mejor los colores, y Rembrandt la luz, y Rafael la línea, ¡cuán diferentes son sus respectivas creaciones! No: no hay que olvidar que si, en la realidad, aparece lo bello, aparece también lo feo; y aparecen ambos ante el hombre, único ser capacitado para distinguir la belleza de la fealdad de las cosas; y éste, al estimarlas, primero, y al producir, después, las obras de Arte, pone algo suvo, determinante de la función estética que venimos examinando. No en vano se dice que el artista embellece cuanto toca. No ahondemos más por el momento. Ya iremos viendo en qué consiste esa virtud depuradora.

Sobre una mesa, salpicadas de rocío, hállanse unas cuantas hermosísimas flores, recién traídas del invernadero. A corta distancia, ha reproducido, en el lienzo, otras semejantes, el pincel de afamado artista. Al contemplar aquéllas, decimos embelesados: «parecen pintadas»; y al fijarnos en éstas, no podemos menos de exclamar: «parecen naturales». Llámelo contradicción quien no advierta que rendimos, así, igual tributo, al refinamiento artístico, simulado por la obra natural, y á la bien sentida naturalidad de la obra humana.

Si no se nos revela la belleza como un dato científico,

ni como elemento necesario de la realidad, tampoco la vemos identificada con la Moral. La actividad ética y la artística son las que más estrechamente unidas viven, por lo mismo que ambas comparten la práctica del fin superior de la Humanidad. Con frecuencia las compararemos, para distinguirlas mejor. Baste aquí consignar que, aun cuando sus muchos puntos de contacto obscurecen, ante la vista, en ocasiones, la frontera que las divide, no por eso dejamos de tener plena conciencia de su positiva diferenciación, por virtud de la cual nunca confundimos un hombre bueno con un excelente poeta ó un gran músico.

Cuando, abstractamente, obedeciendo á las exigencias de una doctrina, se pretende que lo bello y lo bueno sean la misma cosa, fácilmente se llega hasta las extravagancias de Yungmann, obstinado en convencer al mundo entero de que los prodigios del arte helénico, por ser paganos, resultan menos hermosos que aquellas otras producciones, siguiera sean de autores mediocres, donde se aspira á representar los misterios del dogma cristiano ó la eficacia de sus enseñanzas moralizadoras. Muy al contrario, la vida demuestra que la belleza nos cautiva donde quiera que se encuentre, sin consideración alguna á tales prevenciones; aunque, naturalmente, en paridad de circunstancias, resplandezca más en las soberanas sublimidades del bien moral; y que, ya sea porque no hay nada absolutamente malo é inmoral, ya por la ley de los contrastes, ya por otro motivo cualquiera, hartas veces sucede que nos suspenden y enamoran los seductores atavíos con que se nos presentan engalanados el vicio y la inmoralidad; al paso que la virtud, por áspera, por torpe ó por

incolora, sin perjuicio de recibir justo aplauso á sus intenciones, está muy lejos de provocar, con sus actos, el verdadero sentimiento estético.

Por último, ni en lo útil, ni en lo agradable, advertimos tampoco la razón de lo bello. De lo primero, estamos seguros, sin nuevos esclarecimientos; porque es notorio que quien mira á la utilidad de una cosa, bella ó fea, no la aprecia como tal, sino como medio para satisfacer una necesidad determinada. En cuanto á lo agradable, ya ofrece alguna duda, si se atiende á que la emoción estética mueve siempre gratamente el espíritu; pero esa duda desaparece, como tantas otras, apenas se señala con exactitud el valor de las palabras. Lo agradable y lo desagradable se dice propiamente de las impresiones recibidas en la conciencia inmediata ó sensible: no cabe aplicarlo sino por analogía, á la emoción artística, que no es un placer de los sentidos. Sirven las sensaciones para ponernos en relación con lo exterior, y provocar, en ciertos casos, el sentimiento de la belleza; no la crean, ni, menos, la llevan en sí: se limitan á suministrar datos para la completa formación autonómica, que se lleva á cabo en otro estadio superior. Si así no fuera, los animales sentirían también el Arte

Dice Guyau que lo agradable se distingue de la belleza en que aquello afecta sólo al órgano estimulado por la sensación, mientras ésta, por el hecho de las difusiones sensacionales, conmueve al hombre entero, en su sentimiento, en su inteligencia y en su voluntad; y de aquí infiere que, si el hombre, en los primeros tiempos, no gozaba más que con los placeres sensuales, y, luego, la elevación

y desarrollo de su espíritu le han permitido discernir lo bello, por encima de lo meramente agradable, llegará, de fijo, con la reflexión y la cultura, á no encontrar en la vida otro agrado que el de la verdadera belleza. Pero, aun dando por buenos tales supuestos, como quiera que se trata, por más que se disfrace, de una diferencia cualitativa y no cuantitativa, siempre resultará que, según Guyau, el hombre primitivo no sentía la belleza, y el hombre ultra-civilizado no sentirá lo agradable. Habrá que olvidar esta palabra; porque, siendo difusas todas las sensaciones, los placeres todos vendrán á refundirse en el de lo bello.

¿Qué más? Sin fijarnos en los muchos actos que, á pesar de su aspecto antiestético, nos agradan hoy, y, en mayor ó menor escala, seguirán agradándonos, como, por ejemplo, la ansiosa satisfacción del hambre, observemos que, ante las obras de Arte, ocurre, á veces, al espectador, que el hondo conflicto dramático ó lo intensamente sublime, como el sacrificio de la vida individual en aras del Bien, le causa, por el momento, una depresión nerviosa, parecida al espanto ó á la pena, cierta especie de terror trágico, en el cual suelen quedarse las almas poco aptas para la idealidad artística; al paso que las otras, fuertemente sacudidas, reobran con doblada energía, y experimentan, en seguida, el purísimo deleite con que la belleza se revela en la conciencia de los hombres.

IV

He procurado, con lo dicho, á modo de complemento de anteriores indicaciones, disipar algo las sombras que ocultaban el objeto de nuestra atención. A ver si acertamos, ahora, á distinguir los rasgos más salientes que ofrece, en la inagotable variedad de sus manifestaciones. Inagotable, sí; porque fácilmente reparamos que todo cuanto nos solicita, ya en el mundo exterior, ya en la interioridad del espíritu, apenas penetra en la conciencia reflexiva y deja allí grabada su imagen, si con ella nos impresiona, da motivo á la apreciación estética. Bellos pueden parecernos los sentimientos, las ideas, y los actos de la voluntad, lo mismo que las realidades que pueblan el espacio, y los movimientos y los sonidos que se producen en el tiempo; lo más grande y lo más pequeño; lo más vago y lo más concreto. Con las naturales diferencias de grado y de jerarquía, todo fenómeno, no bien aparece en la imaginación, sujeto queda á nuestro juicio, respecto de su apariencia

Bien es cierto que esa apariencia, en muchos casos, es lo que menos interesa á la mayoría de las gentes; y como no se forma el juicio, permanece sin comprobación estética una multitud de relaciones de la vida. Suele suceder, aun á aquellos mismos que, por su vocación y por su aptitud especial, ejercitan, más de continuo y con intensidad mayor, su criterio de artistas, que, distraídos por otros cuidados, no reparan, durante largo tiempo, en las

perfecciones ó en los defectos de lo que tienen sin cesar á la vista, hasta que cualquier accidente inopinado se los denuncia de súbito, con singular viveza.

Pasa también que, agotados los efectos de las impresiones primeras, la costumbre, si, en un sentido, afina, en otro, embota nuestra sensibilidad; y, á fuerza de verlas á diario, ciertas bellezas y ciertas fealdades nos dejan ya casi indiferentes. El hábito es un gran nivelador de lo artístico. No hay admiración ni repugnancia que resistan á su influjo, si no se le contraría, buscando en la novedad, el cambio que es la vida, y procurando alumbrar nuevos manantiales que enriquezcan las corrientes del sentimiento, encargadas de fecundar los campos, cada vez más extensos, de nuestra cultura intelectual. La visita al tesoro del Shah de Persia, cautivaría menos á un joyero de París, que un collar de vidrios de colores á un indio salvaje. Un hombre que viviera algunos años entre la Venus de Milo y un orangután, conocería bien sus diferencias; pero acabaría por sentirlas muy poco.

De todas maneras, es lo cierto que, cuando, movidos por propio impulso, ó acaso sugestionados, como observa Leopardi, por los entusiasmos contagiosos que impone la tiranía de la fama pública, nos damos cuenta de algo bello, lo atribuimos, siempre, á la exterioridad del objeto contemplado. No miramos á lo que éste sea en sí, ni á su valer intrínseco, sino á su figura y á su expresión, es decir, á su imagen, tal como se nos muestra. Aquí puede decirse exactamente que juzgamos los hechos y no las intenciones, entendiendo esta palabra en su amplísimo sentido de finalidad en general.

No implica este carácter formal de la belleza la falta de contenido en la obra de Arte. Algunó ha de tener, sin duda, como razón de su forma, que de otro modo no sería ni siquiera posible, en el orden fenomenal; pero, además, contra lo que pretenden los adeptos de la dirección impresionista, aferrados, con varias denominaciones y aun diverso sentido, ya en las Artes gráficas y plásticas, va en la Música ó en la Poesía, al empeño de reducir toda la producción á accidentes menudos aislados, notas fragmentarias tomadas del natural, gallardías de mera composición, y detalles ó episodios, sin substancia; contra esa tendencia, repito, cuyo imperio se deja sentir por todas partes, importa consignar que, aun cuando todo lo que tiene verdadero valor estético es Arte legítimo, nunca podrá Anacreonte colocarse al nivel de Sófocles y de Homero; y que, por lo mismo que cuanto interesa á la Humanidad, sus creencias, sus luchas, sus problemas, sus pasiones, el mundo en que vive y el mundo á que aspira, tienen derecho á exigir la cooperación del artista, claro es que, conforme éste se inspire en más altos ideales, si acierta á darles palpitante concreción imaginativa en su espíritu, más rica será la tela con que labre las vestiduras, y más esplendentes las joyas con que la adorne. Lo único que sucede es que, esos ideales, norte del crevente. del filósofo, del sabio, del estadista, no son, para el Arte, sino medios de producir el deleite de lo bello, con la genial representación de los hechos.

Y vamos adelante, observando cómo la exterioridad á que atendemos se nos muestra, ora fija en el espacio, en el espectáculo de la Naturaleza, en el monumento arqui-

tectónico, en la estatua y en el cuadro; ora en la sucesión del tiempo, con el sonido y el movimiento, y, particularmente, con las creaciones de la Música y la Poesía; y advirtamos, después, cómo, en todos estos casos, puede afectar la belleza dos modalidades muy distintas: una, que merece llamarse inmanente, determinada por el orden y la proporción de las partes, la unidad del conjunto, los efectos de la luz, las líneas y los colores, la combinación de las figuras y de los demás elementos, el concierto de los sonidos, las galas del estilo y las del lenguaje, las descripciones, los caracteres, el desarrollo de los acontecimientos, y, en fin, la composición y ejecución total de cada obra, tal como aparece; y otra, que apellidaremos trascendente, que se produce por la expresión; por lo que esa obra revela, respecto á la subjetividad de lo representado; por lo que sugiere en la fantasía del espectador; por lo que deja adivinar, á través de sus formas concretas; por lo que, con la cooperación del recuerdo ó de cualquier asociación de ideas, lleva de súbito á la mente, para incorporárselo en seguida; por todo aquello, en resumen, que la labor espiritual de quien la contempla parece como que obliga á colocar detrás de ella, para que, desde allí, la acalore y la haga resplandecer, acrecentando sobremanera la extensión y la profundidad de su virtud estética. Es decir, en pocas palabras, el cuerpo y el alma de la obra de Arte.

No hay necesidad de agregar que, en ésta, han de coexistir ambas formas de belleza. Cuando falta en absoluto cualquiera de ellas, sólo tenemos la apariencia de un hermoso cadáver, ó una idealidad vaga, más propia para

la reflexión que para el sentimiento. Pero, así y todo, es innegable la muy diferente proporción en que las presenta compenetradas cada caso.

Insigne ligereza sería el intento de resolver ahora, de soslayo, el pleito enconado y, en el fondo, irracional, sostenido por las escuelas llamadas clásica y romántica, no siempre con la debida propiedad. Harto llevo indicado, para que se vislumbre mi firme convencimiento de que, en lo que tienen de legítimo, se deben y se pueden armonizar, mejor dicho, se están armonizando sin tregua, pese á todos los distingos, las exquisiteces de forma, prescritas por el eterno canon estético, con las sugestienes de la libre espiritualidad. Bástenos apuntar aquí, modestamente, algo que, por lo vulgar, casi debiera omitirse: que el arte griego representa el predominio de la belleza inmanente; y el de la trascendente, el arte gótico, tomando esta palabra en su sentido general, y no en el puramente arquitectónico. Tampoco hemos de entretenernos en la comparación de las mil combinaciones y fórmulas que nos trajo el Renacimiento. Y, menos aún, para reconocer el hecho evidente de que, en nuestros días, prevalece la tendencia á lo expresivo, necesitamos aventurarnos en el mar de los revueltos tiempos modernos, en los cuales, con el afán de abarcarlo todo, se llega, á la vez que á atinadas conciliaciones, á los extremos más desaforados, ya buscando la inspiración en la grosería realista, ya acudiendo á un simbolismo extravagante, con jeroglíficos esculpidos ó pintados y con verdaderos rompecabezas literarios.

De lo bello trascendente, menos perceptible para el análisis, por lo sutil, digamos, para concluir, que es la forma con que mejor penetran en el Arte los resultados de la Ciencia y los alientos de la Fe. Enriquece el presente con los ecos del pasado y las promesas del porvenir. Es la belleza de lo arqueológico y de las cosas exóticas. Una llave oxidada, un tosco montante, cautivan por lo que á ellos se asocia. Unos cuantos muros derruídos sobre un montículo, nos encantan, al reconstruirlos mentalmente, y al poblarlos con sus antiguos habitantes. La relación auténtica de un episodio de la vida en el planeta Marte, tendría, aparte de otros intereses, vivísima realidad artística. Con esa belleza nos enamoran los espacios inmensos y las estepas sin fin; y por ella cobra, también, importancia capital, en un conjunto, el más menudo detalle, acaso el que menos recrea la vista con su aspecto.

Atraviesa la calle, delante de nosotros, un regimiento con dirección al cuartel. La brillantez de los uniformes, el centelleo de las armas, el marcial andar de los soldados, los vigorosos acordes de la música, todo concurre á producirnos deleite singular. Pero sube de punto la emoción cuando, allá, al final, descubrimos, colgado de un palo, mecido por el viento, un pedazo de tela, lacia, descolorida y rota. Es la bandera, ante la cual nos descubrimos, con el corazón palpitante, porque vemos surgir, de entre sus girones, el genio de la patria, cantando las glorias y el heroismo de sus hijos.

Y, en fin, notemos cómo la Naturaleza misma nos enseña la distinción que acabamos de señalar. Son dos espectáculos constantemente reproducidos: el uno, la primavera, con su explosión de luz, de vida, de colores y de aromas; grato ejemplar de la belleza inmanente: el otro, el otoño, con su calma apacible, sus tonos grisesel continuo caer de las hojas y su aire tibio, preñado de melancólicas reminiscencias; tipo acabado de la belleza trascendente.

Atribuídas las formas de lo bello á una determinada relación entre nuestro espíritu y la exterioridad de las cosas, poco nos importan las estériles disputas, tanto tiempo mantenidas, acerca de si esta cualidad de la belleza está en el objeto ó en la persona que le contempla, olvidando que no puede residir, por sí, en ninguno de ambos, porque nada se concibe sin un sujeto y un objeto, dados ó posibles; lo cual no impide que la función artística, como todas, resulte, en ocasiones, real, y, en ocasio, nes, ideal, según que se produzca objetiva ó subjetivamente. Sea como fuere, no hay duda de que á ella se aplica siempre la actividad total humana, funcionando, á un tiempo, la inteligencia, el sentimiento y la voluntad, indispensables para que surja el fenómeno artístico, como ocurre en todas aquellas realizaciones, como ésta, de categoría superior, que no afectan especialmente á ciertos órganos.

Pero falta añadir que, según su índole, en cada uno de esos altos procesos humanos, con intervenir todas nuestras facultades, prevalece alguna de ellas, como característica. Notorio es que la verdad se conoce, el bien ético se quiere y la belleza se siente. Suministra la Estética datos y antecedentes á nuestro entendimiento; le señala reglas para distinguir y crear lo bello; de buen grado, una vez recibida cualquier impresión, trasladamos al estadio imaginativo sus resultados, y atendemos, con in-

erés, al objeto imaginado, para su mejor conocimiento; nuestra potencia crítica se ejercita en juzgarle; pero mientras todo ello se reduce á pura labor de la reflexión, que señala sus perfecciones, mientras de ahí no pasamos, formaremos, á lo sumo, *la ídea* de que *debe* parecernos bello. De su realidad, como tal, no nos damos cuenta, hasta que la sentimos. Si así no fuera, podríamos confeccionar, sobre seguro, obras de Arte, como se confeccionan artículos dedicados al comercio. El oficio de artista tendría menos quiebras; pero sus aciertos causarían también menos admiración.

Suspenden y maravillan éstos, porque alcanzan á conmover suavisimamente el ánimo, engendrando ese goce especial que nos embarga, y parece como que nos dignifica, y dilata los límites de la personalidad, y nos hace, por el momento, optimistas, en el sentido de apegarnos á un mundo que con semejante aspecto nos agasaja. Este sentimiento, como todos, pertenece al orden de lo humano, que linda con lo indeterminado, por donde fluye la indefinición ó, si se quiere, la libertad. Es dable conocerle por el lado que mira á lo inteligible; y así podemos pensarle y aventurar conjeturas, acerca de su causa y sus probables efectos; pero nada más. Detrás queda lo inefable, el fondo en que no se puede penetrar, porque si se penetrara, se le convertiría ya en dato reflexivo. Hay que reconocerle y afirmarle como es, con su necesaria sombra. Acaso muy pronto le veamos algo más claro; pero siempre le explicaremos como se explican los misterios: coordinándole con lo conocido, y aceptándole como límite extremo, donde comienza lo ignorado.

El sentimiento califica la obra artística. Se nos pre-

sentan dos, en la apariencia iguales. La una nos encanta; la otra nos deja indiferentes. Pues ésta no es bella para nosotros. Con tener á la vista todo lo preciso, le falta el elemento capital, inspirador del buen éxito; y si los demás la reciben con igual indiferencia, no le queda á su autor otro remedio que resignarse y confesar que el esfuerzo ha resultado estéril, remitiéndose, en último extremo, al fallo dudoso de la posteridad. Dependa de quien dependa, tal es el hecho. Por eso, cuando alguna persona sostiene cualquier doctrina errónea ó hace referencias inexactas, se afirma que está equivocada, y se trata de probarlo; mas, cuando se complace ante algo feo ó desprecia algo bello, se dice solamente que tiene mal gusto. Lícito es incitarla á reformar su sentimiento; pero reconociéndole el perfecto derecho de mantener, entretanto, su apreciación. La belleza no se demuestra; se muestra.

Y los que la ven y la sienten, la afirman, uniéndose á ella, sin otro propósito que el de gozar de su pura contemplación. No cabe desconocer que esta unión ideal del sujeto sensible y el objeto bello es una especie de amor. Aplicando al caso la conocida definición de Santo Tomás, podemos decir que el sentimiento estético es «la complacencia en el bien exterior». Dos notas esenciales le distinguen, sin embargo, de los demás amores humanos. Consiste la primera en que el amor artístico no se consagra, como los otros, al objeto amado en sí, sino á su mera apariencia, en relación con nuestro ideal. Es la se gunda que, mientras aquellos amores aspiran á la posesión efectiva de su objeto y al disfrute, por lo tanto, del bien apetecido, el amor á lo bello, absolutamente desin-

teresado, encuentra en sí mismo su propia satisfacción. No amamos, en realidad, una estatua ni un cuadro; amamos lo que expresan, independientemente de la tela y del mármol. Poco nos importaría que éstos desapareciesen, si quedaban flotando, bien visibles, las imágenes seductoras que nos transmiten; y tampoco los queremos para nosotros; muy al contrario, los amamos por amarlos, con vivísimo afán de que los demás participen de nuestra emoción y la corroboren.

Con tal desinterés actúa el sentimiento estético, que no vive á gusto sino desbordándose en la comunicación con los otros hombres. Aciertan los que ven en él un gran propulsor de la sociabilidad. Podemos escondernos para contemplar la riqueza atesorada, para satisfacer más seguramente las pasiones, para gozar con la solución de los arduos problemas del pensamiento, ó para complacernos en rendir á Dios ferviente tributo, ó en contraer mayores méritos, haciendo el bien sin que nadie se entere. Lo que no se concibe es un verdadero artista, que oculte á todas las miradas una obra de Arte, para recrearse en admirarla él solo. El musulmán defiende contra los indiscretos los tesoros de su harem, porque acude á él, en busca de placeres sensuales. Si exclusivamente le cautivara la belleza de sus mujeres, no podría resistir á la tentación de exhibirlas

Esta ansia de comunicación se explica como movimiento instintivo; porque, al saciarla, crecen sin tasa la intensidad y el alcance del propio deleite. Advirtamos, sino, cuan diversa es la impresión que nos produce una obra artística, estando en la soledad del gabinete, ó ha-

llándonos entre las agitaciones de un gran concurso. No hablemos de la representación dramática, que cuenta con otros elementos, para conmover con mayor viveza. Un discurso, un poema, causan efectos estéticos, en razón directa del número de los oyentes. Cuanto mayor es éste, más vigorosa surge la oleada de emoción, que va de unos á otros, y que acaba por electrizar á todos, aun á los más indiferentes. Es ley natural que, de las entrañas de la colectividad, salgan siempre agigantados los arranques espontáneos del sentimiento, lo mismo para el mal que para el bien, de igual manera el *morbus comitialis* que el placer estético.

V

A punto estamos, señores (y con razón diréis que ya es tiempo), de darnos, con sólo recoger las notas distintivas, que, como más salientes, acaba de suministrar nuestra rapidísima ojeada, noticia algo precisa de la significación de la belleza en el proceso de la Vida. Hemos advertido que reside en una relación exterior y objetiva, respecto de las ideas; y, respecto de las cosas materiales, ideal, porque, aun cuando se sienta en los objetos, rebasa en cierto modo de su particularidad concreta y no es susceptible de número, peso ó medida, ni de apreciación exacta, como lo son sus verdaderas propiedades. Aparece en lo particular, sin serlo, no como hecho, como fin; y no podemos, por lo tanto, considerarla más que como una generalidad determinada que, sin perder su carácter, se in-

corpora, para nosotros, á la exterioridad de ciertos objetos.

Es indudable que cualquier suceso, al cumplirse, realiza, en parte, su generalidad correspondiente, que, por eso, se llama su Ley; pero la realiza, como queda expuesto, de un modo parcial, trocándola en hecho. Mediante el análisis, factor obligado de toda operación discursiva, vemos, en el frío trabajo intelectual, ese hecho, de una parte, y, de otra, su ley, sin confundirse; los comparamos; y, como apellidamos bien, en general, á la conformidad de la ley con el hecho, afirmamos de éste que, en tal ó cual grado, es un bien particular, algo que nos sirve para la vida, para nuestros fines, ya especulativos, ya prácticos. Pero, en el caso que nos ocupa, no ocurre esto. Sucede que la lev se hace presente en el fenómeno, á título de tal generalidad; y precisamente por ello, le penetra y le satura, de tal manera, que sentimos la sintetización de ambos elementos, allí donde el análisis sólo encuentra datos particulares, inmóviles, que somete á su examen

Por eso hemos advertido que, en la Vida, lo bello, palpitante, real, no se revela más que al sentimiento. Si lo viéramos en el estadio de la inteligencia, en toda su integridad, sujeto á implacable autopsia, el coeficiente genérico de esa función dejaría de ser ley, para convertirse en un hecho como otro cualquiera. En ese estadio, podemos explicar aproximadamente sus motivos, hacer y deshacer teorías, y aplicarlas al caso concreto: allí, es dable acrecentar sobremanera la cuantía y la intensidad del efecto estético, con el esfuerzo reflexivo y las luces de la

cultura. Pero la función, en su íntima naturaleza, continúa inexplicable. Solo sabemos que, al contemplar una idea ó un objeto bellos, se experimenta como un súbito deslumbramiento, seguido de plácida agitación, que se extiende con rapidez por nuestro ser, anunciándonos que el Bien ideal ha tomado cuerpo; que aquello que tenemos delante, es lo que se ve, y además algo que debe ser, algo que responde á los más hondos requerimientos de nuestra alma. Se ha producido lo que la lógica abstracta declara imposible. De aquí el asombro y la admiración suprema con que la emoción estética nos agita.

Milagro es éste, que se reproduce sin cesar, lo mismo en las grandes creaciones que en los sucesos de más modesta apariencia, cuando se logra hacer efectiva la conjunción á que me refiero, ó sea, lo que llaman muchos, sin pleno conocimiento del alcance de la frase, «la concordia entre la Naturaleza y el Espíritu». La Ciencia nos enseña la atracción de la tierra, en sus relaciones con las masas y las distancias: la práctica diaria acredita cómo los cuerpos obedecen exactamente á la fórmula científica: nada de esto tiene por sí valor estético. En cambio, encontramos bella la leyenda que presenta á Newton adivinando de súbito la gravitación, al ver la caida, desde el árbol, de una manzana; porque nos ofrece, unidos en un cuadro, el fenómeno más sencillo y una de las leyes capitales del Universo.

En la vida ordinaria, una persona realiza, todos los días, multitud de actos corrientes, de esos que, por la vulgaridad de su sentido, no despiertan atención alguna en la convivencia social; pero de vez en cuando, en medio de aquella cadena de hechos menudos, aparece uno, tan insignificante como los otros, acaso más, cuya expresión sugestiva ó cuyos detalles externos, hieren, sin embargo, con viveza, la atención de los que le observan, haciéndoles advertir en él algo como la silueta del caracter total de su autor, é impulsándoles á declarar que allí se ha retratado. En efecto, allí está; aquel es su aspecto artístico. En términos semejantes, hasta lo feo ó lo malo puede antojársenos relativamente bello, en cuanto consiga representar el tipo acabado de la fealdad ó del mal. Del mismo modo, el artista que trata de reproducir una figura humana, habrá de esforzarse por reflejar, en los rasgos y en la imagen fiel del hombre del momento, su personalidad, en lo que tiene de permanente, á través del tiempo; y, con ello, será su obra más verdadera que todas las fotografías, y aún más que la misma persona retratada, tal como se la ve. en muchas ocasiones.

Así entendido, todo es retrato en el Arte. Viven en su región propia, renovándose perpetuamente, los ensueños, mezclados con los recuerdos, los frutos del saber, las inspiraciones de la fé, los ideales de la perfección externa, en resúmen, cuanto pensamos, sentimos y queremos, expresado, en unos, por imágenes precisas que pueblan su fantasía; entrevisto por otros en sugestiva penumbra; en algunos, dormido casi todo, como crisálida, entre las nieblas de lo inconsciente; y corren, á la par, los sucesos, fluyendo, sin descanso, unos tras de otros, por sus cauces naturales, alumbrados por la luz que llega de lo alto, y los distingue, y los ordena. Ambas realizaciones se condicionan mutuamente, desde lejos. Mas cuando la virtud fecun-

dante de la Vida las aproxima, y las incita á confundirse; y cuando, merced á los espejismos de la Naturaleza ó á la mente y á la mano del artista que la depuran y enaltecen, resulta que el mundo ideal se refleja en la superficie del mundo real, surge en éste la bondad de la forma; y entonces, sentimos la belleza como deliciosa armonía, en que se complacen los ojos y los oídos, en una graduada serie de matices y de notas, cuyos límites extremos ocupan, arriba, rayando con las alturas, lo sublime, es decir, el triunfo de la ley sobre el fenómeno, de lo divino sobre lo terreno, mediante la sumisión del hombre al imperio incontrastable de las fuerzas naturales ó el sacrificio voluntario de su ser entero, ante las exigencias de la suprema necesidad moral; y, abajo, lindando con el suelo, por obligado contraste, la ficción de lo cómico, la victoria aparente del fenómeno sobre la ley, el intento irónico de sobreponer lo mínimo, lo fugaz, lo falso, á lo categórico y lo permanente; tentativa contra la cual formula su regocijada protesta la risa humana. Belleza es todo ello, con variedad de cualidades y de precio; pero belleza al fin, que, al mostrarse extendida en infinitas apariencias, por la haz de la tierra, cumpliendo su misión de engalanarla, viene á ser, en suma, «LA EXTERIORIDAD DEL BIEN IDEAL, SENTI-DA POR EL SUIETO».

El enojoso esfuerzo con que he puesto á prueba vuestra benévola atención, para llegar á esta fórmula, nos sirve, al menos, para encontrar en ella, claramente consignado, lo que más importa á mi propósito, el valor ético de la actividad artística, que, no por eso, se confunde, como es frecuente, con la actividad moral. Comparten las dos

la práctica del Bien ideal, fin superior de la Humanidad: pero la una, lo cumple en el orden externo de las cosas, y la otra, en la intimidad de la conciencia. Es la Moral, la realización subjetiva, que lleva al hombre á querer siempre lo bueno, sólo por serlo, y á proponerse ejecutarlo, con purísima intención, sean cuales fueren las consecuencias. Sujeta el albedrío á los mandatos de su ley inflexible; y, conforme le va elevando sobre los egoismos y pasiones individuales, tiende á hacer impersonal lo más recóndito del sujeto. Al desprenderle de los lazos terrenos, le infunde el prurito de desvanecerse, para no ser más que fiel y resignado trasunto de la voluntad eterna. Es el Arte, realización objetiva, que solicita con afan la actualidad viviente; y, enamorada de ella, trabaja sin descanso por concretarlo todo, hasta las mayores vaguedades del pensamiento. Ni acierta á vivir más que en lo sensible, ni ceja nunca en su empeño de humanizarnos lo divino. Si no existiera más impulso que el de la Moral abstracta, el Universo acabaría por disolverse. Si no escucháramos otra voz que la del Arte, caeríamos, al fin, asfixiados por los vapores de la madre Naturaleza. Hay que interpretar, con la mayor generalidad, la hermosa doctrina que nos enseña á amar á Dios creador, en sí mismo y en sus obras, en su fondo sin límites y en sus formas adorables. Así como la Moralidad debe traducirse en actos, bellamente, asimismo, la actividad artística, constituye un deber moral. Ascendiendo los hombres, atraidos por lo Absoluto, y descendiendo, también, para ennoblecer la tierra con los tesoros de su espíritu, en este flujo y reflujo ideal, como si obedecieran á supremo designio, mantienen el equilibrio

de la Vida; y, llevando dentro el ansia inextinguible de un mundo mejor, mientras en éste siguen, se cuidan de iluminarle con los resplandores de lo bello.

VI

Reconocido el fundamento del deber artístico, en frente de cuantos niegan al Arte eficacia decisiva en la dirección de los destinos humanos, queda satisfecho mi primordial empeño. Réstame ahora la tarea, relativamente fácil, de exponer, en breve resumen, cómo corresponde cumplir esa exigencia á los individuos y á la Sociedad. Materia interesante, sobrada para más de un libro, cuyo índice, sin ninguno de los desarrollos á que se presta, dilatará, así y todo, mucho más de lo debido, las proporciones del presente discurso.

Bien se comprende, desde luego, que el deber de que tratamos, tiene carácter moral y no jurídico. El Derecho, parte definida de la Ley moral, consiste en aquella serie de reglas, afirmadas, como hechos generales necesarios, en la conciencia de cada pueblo; que, como tales hechos, se imponen y se han de realizar, de grado ó por fuerza, en las relaciones de los ciudadanos entre sí y con el Estado, sin perjuicio de la indefinición en que, para éstos, permanece la práctica de la Ley pura, en lo no cristalizado ya como derecho, en lo entregado al libre ejercicio de su actividad. De modo que, mientras el deber nacido de un contrato de arrendamiento, por ejemplo, ha de ajustarse, sin remedio, á las definiciones consignadas en el Código

positivo, primero, y, después, á las más precisas todavía, que contenga la ley del pacto, formalizado entre los contratantes; por el contrario, cualquier deber de índole propiamente moral, el de asistencia caritativa á nuestros semejantes, por ejemplo, definido, como jurídico, tan solo en su pura generalidad, se ha de cumplir en la forma y dentro de los límites que el obligado estime oportunos en cada caso.

A esta última clase de deberes pertenece el artístico, antitesis de la necesidad que acompaña á las relaciones concretas, establecidas por el Derecho. Las máximas de la Moral, aun de aquella que, para desligarla de todo influjo de los dogmas religiosos, se pretende construir con el caracter de universal, no tienen, de hecho, en absoluto, la universalidad ni la permanencia que nuestro juicio personal les asigna, al aceptarlas. En cuanto producción viva, á pesar de que rigen inmutables los accidentes de nuestra conducta, sufren, á su vez, transformaciones, harto apreciables cuando median largos períodos de tiempo ó grandes diferencias de cultura entre los pueblos. ¿Quién niega que el concepto de la Moralidad, en el mundo antiguo, fué muy distinto del nuestro? ¿Cual será el que prevalezca dentro de algunos siglos? Y por lo que toca á la interpretación de esas máximas, confiada queda siempre al juicio del individuo; así como la práctica se atiene á su voluntad, que se hace á sí misma espontáneamente, no por la fuerza de los motivos, como muchos creen, sino en vista de ellos, por un acto de soberanía incontrastable.

En este orden de preceptos, son precisamente los más refractarios á toda definición estricta, los que afectan al Arte; porque ya sabemos que el Código estético es mucho más indeterminado y vago que el del Bien interior, en la conciencia de los hombres; y hemos advertido, además, cuán decisiva intervención tiene, en las determinaciones de lo bello, la facultad humana menos coercible, el sentimiento. A renglón seguido, pues, de dar por obligatoria la actividad del artista, procede añadir que esa obligación se ha de atender, por cada uno, en los términos adecuados á la propia naturaleza, como el más discrecional de los deberes.

De aquí se infiere la primera exigencia de este linaje de actividad; la de educar el sentido estético. Siempre es precisa la educación para el ejercicio regular de nuestras facultades; pero, como en ningún otro caso, la demandan funciones como la presente, en que el sujeto se gobierna con la mayor independencia. No vale la pena de repetir, una vez más, que la tal educación, antes que en relatos doctrinales ó en enseñanzas teóricas, ha de buscarse en la frecuentación de las obras maestras, donde la sensibilidad hable directamente á la inteligencia. El gusto de lo bello se forma, como todos los gustos, acostumbrándonos á saborearlo.

Pero lo que, sobre todo, conviene, es la preparación interior para recibir las impresiones estéticas. Llano parece; y, sin embargo, nada tan difícil como penetrar plenamente á la mayoría de los hombres, de aquello que, en puridad, desde la primera palabra hasta la última, constituye el objeto de este discurso; de la trascendencia que tiene, para la Vida, la forma ideal de las cosas; de la necesidad de consagrarnos todos á su contemplación desin-

teresada, y á realizarla, por nuestra parte, con igual celo que los empeños utilitarios, como uno de los fines imprescindibles para nuesta armónica existencia. No con vano asentimiento intelectual, con la integridad del espíritu, bien saturado de esta tendencia, es como debemos acudir á las empresas artísticas. Cuando se dedican algunos ratos de ocio á clásicas lecturas, á visitar museos ó á cualquier otro espectáculo semejante, pronto se olvida todo, ó es muy superficial la huella de su paso. Para que la belleza se revele de veras, preciso es invocarla con el amor del creyente. No se presta el Arte á frivolos galanteos, ni se rinde en aventuras fáciles; reclama la pura y santa vocación de las uniones de toda la vida.

A quienes le consideran con esta disposición de ánimo, ofrece el mundo, continuamente, inagotables atractivos, no por humildes menos gratos. Nadie tiene á mano, á todas horas, estupendas maravillas, para su obsequio. Buscando en lo corriente, en lo diario, el perpetuo deleite que templa el alma, se la afina mejor para las grandes ocasiones. Ya lo dijo Goethe: «Justamente se prueba que uno es poeta, cuando sabe descubrir un aspecto interesante en un objeto vulgar.»

El cuotidiano ejercicio es la única manera de evitar la atrofia del sentido artístico, dolencia siempre muy común, y de la cual, no cabe desconocerlo, estamos muy lejos de hallarnos hoy libres. Nacida, naturalmente, de la marcada orientación de la Ciencia y de la actividad, hacia el polo positivo, sería insensato y, sobre insensato, inútil, obstinarse en detener el movimiento fecundo á que se debe. Nada, en cambio, tan justificado, como pensar en

completarle con enérgicas reivindicaciones, en pro de los fueros de la alta idealidad. Resuenan voces elocuentes que, con la mayor fortuna, tratan de borrar ese desequilibrio; pero no falta alguno que, por lo visto, todavía le encuentra deficiente. Un distinguido escritor, Edmond Perrier, en el balance de la cultura contemporánea, que hace en una Revista muy popular, llega hasta exponer su temor de que la decadencia de nuestras sociedades venga por la afición excesiva á las Artes y á las Letras, que son, dice, adorno, pero no fuerza y vida; porque, con ellas, se divierte el hombre, pero no piensa ni obra. Puede darse caso más expresivo de la atrofia á que me refiero?

Lo contrario precisamente es la verdad. En frente de los que auguran la muerte del Arte en un porvenir no muy remoto, por virtud del desarrollo del saber y de los progresos materiales, se levantan denegaciones vigorosas que, al combatir, con razón, tan absurdo pronóstico, puntualizan los ricos veneros de poesía que brindan al artista, las victorias prodigiosas de la civilización moderna. Todo ello está perfectamente; pero conviene no contentarse con discurrir acerca de tantos tesoros, sino buscar en ellos calurosa inspiración, y esculpirlos en los hechos; para que nuestra belleza, por exceso de vaguedad trascendente, no resulte más pensada que sentida.

Conforme van la práctica y el estudio desenvolviendo la capacidad artística, se diversifica ésta, como todo cuanto vive; y toma la dirección predominante de un arte determinada. Son las Artes, lenguas distintas, con que habla el Ideal á los hombres, empleando con cada uno aquella

que mejor entiende y que, de manera más expresiva, se adapta á su temperamento espiritual. Gustan algunos del idioma de la Música, porque, con su generalidad sugestiva, vibra, como ningún otro, en el fondo de su alma, refractaria á las definiciones concretas; prefieren muchos las formas más precisas, más intelectuales, aunque siempre simbólicas de la Poesía; necesitan otros el lenguaje pintoresco y relativamente naturalista de los colores encerrados en las líneas; como éstos, la grandilocuencia y las propensiones sintéticas de la Arquitectura, y aquéllos, los períodos concisos, cortados y enérgicos de la Escultura. No abundan, por cierto, quienes, entre tantas variedades de expresión, las comprendan bien todas; y, desde luego, nadie deja de sentir marcada predilección por alguna de ellas, por la que es, como si dijeramos, su lengua nativa.

VII

Esto que llevo dicho, acerca de la educación estética, es aplicable á cualquier sujeto, inclusos aquellos que, por el empleo de su vida en el fin fundamental de producir lo bello, mediante obras de Arte, reciben especialmente el nombre de artistas. A nada conduciría dar aquí pormenores, respecto del enorme aprendizaje, así teórico como manual, que implica el cumplimiento de su cometido. Desconocerán siempre los profanos el caudal extraordinario de estudios, de conocimientos científicos auxiliares, de observaciones y de tanteos, así como las ansias para la condensación, en la mente, de la imágen artística, y las fatigas de la lucha con las rebeldías de la materia llamada á

reproducirla, que, sobre todo en las artes gráficas y plásticas, preceden, á manera de laboriosa gestación, al nacimiento de la obra, tan sencilla y tan fácil, en la apariencia, una vez creada.

Principalmente, en épocas como la actual, en que tan severa se manifiesta la crítica, en punto á la fidelísima exactitud histórica y á la total familiaridad del artista con los secretos más hondos de la naturaleza representada, apenas se explica que haya quienes le aconsejen, para elevar su sentido, la práctica simultánea de dos ó más artes. Un Giotto, un Cimabue, un Juan de Pisa, muy posibles en el siglo xiv, son hoy inverosimiles. Aun dentro de cada arte, se impone, con frecuencia, la necesidad de reducirse á un género determinado; porque las complicaciones de la cultura moderna piden, en todos los órdenes, si se ha de hacer algo de provecho, la aplicación de la vida entera á la especialidad modesta, con todos sus notorios inconvenientes.

Acabo de referirme á la actividad exclusiva del artista. Ya habreis advertido, señores, que, en el examen de la función de la belleza, vengo atendiendo preferentemente á aquello que es común á todos los hombres, sin marcar diferencias entre ellos, por tal concepto, más que en los casos precisos, en los cuales procuro limitarme á apuntarlas. No se entienda que desestimo, así, la importancia de su estudio. Lo hago, porque juzgo del mayor interés no favorecer, ni siquiera de un modo indirecto, la peligrosa costumbre, muy acreditada, de considerar dividida á la Humanidad en dos castas, la de los artistas y la de los que no lo son. Lejos de dar pretexto para que se man-

tenga tan absurdo prejuicio, cuyas consecuencias bien claramente se adivinan, hay que oponerle una y mil veces, la afirmación de que todos los hombres son ó deben ser artistas. El que menos, tiene á su cargo una obra de Arte, la de su propia vida; sin perjuicio de la parte activa que, como ya hemos visto, le corresponde en la formación, dentro de su espíritu, de las imágenes por cuya virtud experimenta emociones estéticas. Conviene no olvidarlo, en desagravio de la verdad, y en bien de todos, principalmente de aquellos á quienes se pretende enaltecer con el exclusivo monopolio del Arte, de imposible ejercicio en medio de una colectividad inerte. Lamentable privilegio sería el suyo, si le obtuvieran. Valdría tanto como llevarles en triunfo, coronados de flores, á vivir, para siempre, en una ciudad cuyos habitantes fueran todos sordos y ciegos.

Así como, en la realidad, no encontramos personas que sean absolutamente buenas ni absolutamente malas, así, en la escala del Arte, están colocados, cada cual en su puesto, todos los seres humanos, según sus actos y sus aptitudes; y, en rigor, solo se puede decir de ellos, comparativamente, que son más ó menos artistas unos que otros, sin que ninguno deje de serlo de algún modo. Claro es que la práctica traza, como siempre, en cierto punto de la escala, para clasificarlos, una movediza línea divisoria, con arreglo á determinado criterio cuantitativo, que, en el caso presente, de conformidad con la diferencia, ya advertida por Richter, entre los genios masculinos y los femeninos, consiste en distinguir á los que son más receptivos que creadores, de aquellos otros, cuya inspira-

ción personal positiva prevalece sobre la pasividad y la imitación. Para estos últimos se reserva, por excelencia, el dictado de artistas. Los primeros sienten la belleza, la reflejan á su modo, y la producen con ligera alteración de los datos sensibles é intelectuales recibidos. Los segundos, dotados de más exuberante personalidad, son genuinamente originales. Comienzan por ver mucho mejor la forma de los objetos; esculpen en la fantasía, con mayor relieve, la imagen; contemplan más definidas y concretas las generalidades que la afectan; gracias á su esfuerzo interior por refundirlas en esa imagen particular, consiguen transformarla, por la poderosa iniciativa de su sentimiento, construyendo un ideal, suyo propio; y aciertan, por último, á trasladarle al mundo real, encarnado en una obra, rica de vida y de color. Cúmplese en ellos toda la evolución artística, en su más alto grado. La objetividad los fecunda; su subjetividad concibe; y, guiada por el espíritu, la mano da á luz.

El poder creador caracteriza, por lo tanto, al artista. Salvo algunas divergencias de apreciación, acerca de lo que debe entenderse por crear, lo dábamos ya por averiguado, hasta que recientemente, Max Nordau, ha creído oportuno, arreglarlo de otra manera, asegurando que el genio no es, en definitiva, sino un mero desarrollo excepcional del juicio; de donde infiere la peregrina especie de que los artistas no crean absolutamente nada. Es decir que son, por lo visto, unos pobres diablos, que andan merodeando por esos mundos y por los campos de la Historia, para recoger hechos, antecedentes y datos ya conocidos, que presentan, luego, tal como los encontraron, sin

poner nada de su parte; al paso que los sabios y los gobernantes de los pueblos, esos sí que crean de veras; porque, con su esfuerzo, dotan á la Humanidad de grandes inventos, los unos; y los otros, con sus leyes y sus conquistas, forman poderosas naciones; merced, en ambos, al exclusivo ejercicio de su pensamiento, fielmente servido por la voluntad.

A tan brusca arremetida, bastará contestar aquí que, entre la facultad del juicio y la fuerza creadora, ha de marcarse alguna diferencia de cualidad, so pena de dejar sin explicación el último de estos términos; porque, por mucho que se agrande el talento, jamás se convertirá en genio, por sí mismo; que, en cuanto á eso de que no crean los artistas, habremos de discutirlo cuando logre Nordau señalarnos algunas personas enteramente iguales, por ejemplo, á la Venus de Milo, á Don Quijote, á Fausto ó á las vírgenes de Leonardo ó de Murillo; y, en fin, que, respecto á los hombres de ciencia y á los legisladores, mientras proceden como tales, no hacen más que ir desarrollando, en un proceso reflexivo, los resultados obtenidos por sus antecesores, para llegar á soluciones indeclinables; y, precisamente, cuando obedecen á su inspiración y anticipan la labor, adivinando algo, no lo alcanzan por su calidad de pensadores, sino por lo que tienen de artistas

Para la Ciencia, consagrada al análisis de los hechos y de las ideas, es decir, de lo ya *creado*, el problema de la creación permanecerá siempre inasequible, aunque la Vida lo esté resolviendo, sin cesar, en sus actos, desde la oscura germinación del grano de trigo hasta las produc-

ciones excelsas del Arte. Lo vivo, por el hecho de vivir, tiene un grado de belleza superior al de la materia inerte. Si vale la frase, lo vivo se idealiza ya á sí mismo, antes de que lo idealice nuestro espíritu. El saber de Darwin no ha podido explicar la aparición de las especies, más que como afortunada coincidencia de circunstancias. Esa coincidencia, que sería más sencillo llamar espontaneidad productora, preside á la obra de Arte, haciéndola, á la vez que inspirada, incierta. Si el hombre de ciencia, seguro de la exactitud de su trabajo, le aprecia, sin necesidad de que los demás le juzguen, el artista está pendiente del fallo público; y vive, entre entusiasmos y desfallecimientos, casi siempre modesto, tocado, en ocasiones, de cierta vanidad infantil, hija del aplauso; pero nunca con el orgulo sereno del sabio.

Reconocido el deber de realizar artísticamente la vida, con la genialidad peculiar de cada uno, tiene el hombre que atender, con igual ahinco, á lo que hace, y á la manera de hacerlo, procurando ajustar la conducta á las leyes de una euritmia perfecta, aplicables, tanto á la justa proporción de las partes, en el espacio, como al orden y á la medida de los sucesos, en el tiempo, según manda el directo sentido de la palabra. Ya dijo Platón que «la virtud es una música y la vida del sabio una armonía». No basta, para alcanzar la alta existencia armónica que, en los actos todos, el bien exterior corresponda con exactitud al bien interior representado. Es preciso que, además de satisfacer así el hombre sus necesidades y de atender á su fin moral y á su fin religioso, se detenga á contemplarlos realizados, en sí y en cuanto le rodea; y los pa-

ladee, con íntima complacencia, en ese ocio sublime, que es la más compleja labor espiritual, donde el presente, bien aquilatado, se engrandece con la esperanza, y se dilata, en horizontes sin fin, con el recuerdo de la vida propia y de la vida de la Humanidad.

Fácilmente se comprenden, aquí, los efectos de la esperanza y de la ilusión, como acicate y como ideal. Más vaga, más inapreciable y, sin embargo, más eficaz, es la influencia del recuerdo, cuyo valor estético suele interpretarse de varios modos. La ciencia positiva, que le ha consagrado especial atención, en su costumbre de explicar unos hechos por otros, dice que el recuerdo es bello, porque la distancia embellece los objetos. En mi sentir, su encanto consiste en que esa regresión del pasado llega va á nosotros como un producto artístico, despojado de sus amarguras, y de las asperezas y deficiencias de la realidad á que corresponde. Es el recuerdo obra favorita de nuestro gran artista interior. Pero, en fin, sea como quiera, no hay duda de que, en la contemplación serena de que hablamos, es donde el hombre, no contento con vivir por vivir, ni con sacrificarse, por su interés ó por el de los demás, conquista el pleno dominio de su personalidad, con el privilegio inapreciable de saborear la Vida.

Son nuestros tiempos poco favorables para semejante delectación, habitual ejercicio del mundo antiguo. No podríamos, ni aunque pudiéramos, mal que pese á sus apologistas incondicionales, querríamos amoldarnos á ninguna de las civilizaciones que nos han precedido. Nos consideramos superiores á todas ellas, por el mero hecho de comprenderlas; y, como al juzgar su alcance, creemos ver

mucho más hondo, jamás renunciaríamos á semejante preeminencia. Obligados estamos, sin embargo, á confesar la superioridad de algunas, desde ciertos aspectos. En éste que nos ocupa ¿quién desconoce que la conturbada alma moderna tiene mucho que aprender del sereno equilibrio del genio ateniense?

Vivimos hoy en perpetua agitación, perseguidos por toda clase de inquietudes, envueltos en las prolijidades de la obra cuotidiana. El afán del más allá nos devora, y consume hasta el último resto de la actividad, en la dura contienda de los intereses materiales. Huyendo del ascetismo religioso, hemos caído en otro, en el del sentido utilitario, que, con mayor seguridad, acaba por anular el indíviduo. Muertos de fatiga, seguimos adelante, sin encontrar un rincón ni un momento para el reposo.

Da lástima la suerte de los que tenemos por privilegiados. Un potentado yankee, de esos que tantas envidias suscitan, ha tenido la vanidad de referir, en la Prensa, la vida que lleva. Se levanta á las 6: tras rápido desayuno, corre á la oficina, donde le esperan pilas de cartas y telegramas; despachado todo, acude á la Bolsa y allí compromete, muy á menudo, una buena parte de su fortuna; asiste después á media docena de Consejos; vuelve luego al bufete, á dar las últimas órdenes; come preocupado con los negocios; y á las nueve, si no le esperan algunos clientes, invierte un rato en el teatro, viendo cualquier pantomima ú otro espectáculo, que no le haga discurrir; se acuesta, para pasar muy pocas horas de mal sueño; y á la mañana siguiente, vuelta á la misma tarea; y eso, años y años, si no lo interrumpen, de pronto, brus-

camente, la ruina y el suicidio. A quien eche la cuenta de los millones así acaparados, debe recordársele la observación de Rüskin, respecto de los obreros. Cuando, á sus eternas diatribas contra el industrialismo, que, según dice, nos ha hecho perder «el canto de los hombres y el de los pájaros», oponían algunos la condición actual del trabajador inglés, más instruído, más rico, con mayor bienestar que antes, preguntaba el ilustre agitador del Arte: «Y con todo eso jes, por ventura, más feliz?» Nadie se atreverá, ciertamente, á afirmarlo. Parece, no obstante, que aun colocándonos á mil leguas del hedonismo, alguna razón tenemos para buscar la felicidad, á través de una vida inteligente y útil.

Si, tras la continua fiesta pagana, se nos antoja demasiado triste el mundo, valle de lágrimas, aun con la promesa de redención eterna, ¿cómo hemos de encontrar el mundo, campo de batalla, sin el disfrute, siguiera, de la victoria obtenida? Para suavizar las crudezas de la lucha, para imponer armisticios en que se descanse y se cicatricen las heridas, cuando duerme la caridad, nada como el Arte. La belleza es un tesoro que se da gratis al que quiere sentirla; y aumenta, á medida que se distribuye. Si el rico se detiene á contemplarla, y modera un poco su fiebre de ganancia, también da paz al pobre, que de él depende; el cual, menos oprimido por la codicia, puede respirar y tender la vista á su alrededor, donde algo hallará en que recrearse, algo que admirar, por su fortuna, porque quien admira, ni envidia, ni aborrece. A todos alcanza esa benéfica brisa, saturada de optimismo. El granapóstol pesimista, el propio Schopenhaüer, fué feliz en la

tierra, á despecho de sus doctrinas, gracias á su naturaleza, excepcionalmente artística. Bueno es trabajar; pero mejor es vivir y hacer el bien, todos los bienes, incluso el de procurar que sea amable y totalmente humana nuestra existencia.

Ya lo conocen, al fin, los mismos reyes del dinero. Después de afanarse exclusivamente por él, aspiran á descansar, por lo común cuando ya es tarde. Buscan el trato de los artistas; y, á peso de oro, les compran obras, con que ennoblecer sus palacios; mas, para su castigo, están condenados á mirarlas impasibles. Por falta de adaptación previa, en vez del delicado sentimiento estético, no les producen sino el grosero halago de la vanidad satisfecha.

VIII

Tocando vamos los linderos del orden moral; y todavía habremos de aproximarnos más. Así ha de ser, ya que á deberes, es decir á relaciones éticas, en la esfera del Arte, se refiere este bosquejo. Como exigencias capitales, reclamaba (y á ellas he atendido muy especialmente), la distinción precisa y la concordancia apetecible de ambas actividades, la moral y la artística. Sin confundirlas, como los neo-platónicos, es justo convenir en el hondo sentido de aquella sentencia del maestro, que tanto repiten: «ver la belleza es hacerse mejor, embellecerse interiormente»; y á los que desconocen tan sublime armonía puede recordárseles lo que dice Shakspeare en *El Mev*-

cader de Venecia; «no hay que fiarse del hombre que no tiene dentro de sí alguna música.»

Como los conceptos de la exterioridad y de lo interno son siempre relativos, puede apreciarse el aspecto formal de lo más recóndito, y el contenido íntimo de la realidad más definida. Las virtudes, como puras generalidades, la benevolencia, el heroismo, la caridad, la fortaleza, se nos muestran bellas; pero, al realizarlas, traduciéndolas en actos, solemos, por torpeza ó por error, desvirtuarlas. Con empeño singular, debemos aplicarnos, mediante la labor artística de que tanto vengo hablando, á conseguir que la belleza abstracta resulte, en la conducta, belleza positiva.

Con mayor amplitud actúa ese esfuerzo, naturalmente, en las determinaciones más extrínsecas del sujeto, en aquellas que constituyen, en particular, lo que llamamos sus buenas formas. El adorno y la pulcritud corporales, imprescindibles en todo caso, pero de muy distinta manera, según la edad, el sexo y las demás condiciones; el ornato de la habitación de cada cual, reflejo fiel de su persona; la cortesía nunca desmentida; la corrección conciliada con la naturalidad; la tolerancia para las opiniones y los defectos ajenos; los modales exquisitos; en suma, el modo de portarse, suministra materia abundante para una Estética del trato social. De quien observa sus reglas, acostubramos á decir que es una bella persona. Anteponiendo ó posponiendo el adjetivo, discernimos las dos formas, independientes hasta cierto punto, que corresponden, bien al Espíritu, bien á la Naturaleza. Deber nuestro es compenetrarlas, tratando en cuanto nos sea

dable, de resultar, á un tiempo, bellas personas y personas bellas.

Difícilmente se explican las causas del fenómeno afectivo que se apellida simpatía. No depende de la inteligencia, ni de la hermosura, ni de otras dotes especiales del individuo que la inspira. La sentimos, en ocasiones, por los que concuerdan con nuestro modo de ser; y, otras veces, por los que expresan precisamente lo contrario. ¿En qué consiste, pues? Es, sin duda, la simpatía, tendencia espontánea hacia la persona que, por motivos leves, insuficientes para el amor, contribuye á hacernos grata ó fácil la vida; y, aunque no sea sentimiento estético, suele intervenir en ella el factor de la belleza del carácter. Simpatizamos con aquellos, cuya mera apariencia espiritual nos agrada, sin perjuicio de sus posibles deficiencias morales.

Si ahondamos un poco más, advertiremos que son muchos los sentimientos morales, cuya raíz se robustece con el amor á lo bello. En los grandes movimientos del ánimo, dominan con su grandeza, no compartida por otros, los mandatos del imperativo categórico. Nadie se permite decir que no asesina, ni calumnia, ni roba, ni perjudica gravemente, de otra manera, al prójimo, porque eso no es bello. Mas, en la zona última y modesta de ciertos actos menudos, á donde la ley moral llega ya con menos eficacia, acude oportunamente á auxiliarla la inclinación estética. Citaré como ejemplos, los reparos del honor caballeresco, en el hombre y las rigideces del pudor, en la mujer. No consiente un caballero en retrasar el pago de una deuda, ni en cometer una bajeza, ni en rehuir el

peligro, ni en excusar hábilmente el cumplimiento de su palabra; ni tolera una dama las conversaciones atrevidas, ni las faltas de compostura; aparte de otras razones, porque lo encuentran *feo*. Así concurre con la moralidad, el sentimiento artístico, para darnos hechos los tipos del hombre pundonoroso y de la mujer inmaculada.

Una observación ahora, respecto del artista profesional. De las reglas á que le interesa ajustarse, para la ejecución de sus obras, no me incumbe tratar aquí. Harto llevo ya dicho, incidentalmente, sobre las condiciones de su actividad y la mejor manera de ejercitarla. A título de preceptos morales, dos hay que los resumen todos: la devoción y la sinceridad. Debe el artista consagrarse á su tarea, libre de miras interesadas, poniendo en ella el alma entera. Si nuestras sociedades se organizasen con sujeción estricta al plan ideal, esta función como la del sacerdote, la del hombre de ley, la del médico, la de cuantos atienden á la salud del espíritu ó del cuerpo, estarían fuera del comercio. Próvidamente satisfechas por la colectividad sus necesidades materiales, los grandes artistas se dedicarían á producir el Bien, y á esparcirle por el mundo, con la energía y en las condiciones que les impusiera su inspiración. En rigor, la belleza no puede estimarse como mercancía, porque es inapreciable.

Pero ¿á qué entretenernos con semejantes ensueños? Basta recordar que, para su autor, la única recompensa digna de una obra artística, debe ser la propia obra; y que, en el lucro obtenido, no ha de ver sino el medio indispensable de seguir creando otras. Debe, asimismo, reflejar en ella su personalidad, tal como sea, sin desnatu-

ralizarla, por miedo á la opinión contraria del público, ni por afán de adular sus gustos, ni, menos aún, por la gallardía de sorprenderle con falsas originalidades. El desinterés y la ingenuidad, rasgos característicos del amor fecundo, tienen que presidir la generación de la verdadera obra de Arte. Si no, nacen los hijos muertos ó arrastran vida precaria, más aparente que real; porque no hay talento capaz de construir algo duradero sobre el egoismo y la mentira.

IX

Después de tantas conciliaciones, nos encontramos con la contingencia de la desarmonía inevitable. El Arte, dicen, se complace muchas veces, en reproducir la inmoralidad, aprovechando sus poderosos recursos, para hacerla apetecible. El culto exclusivo á la belleza, añaden, enerva á los pueblos, los aparta de la acción viril de sus facultades. Confesemos lealmente que es verdad.

Sí: es cierto que el mal no siempre se brinda al hombre en su antipática desnudez, como repulsiva negación. Encarnado en los hechos, ostenta, á menudo, galas seductoras; ya no es el mal absoluto; antes al contrario, desde ciertos puntos de vista, tiene el aspecto de bien deseable para nuestro interés, nuestros apetitos, nuestros desengaños ó nuestra ansia inagotable de novedades; y, enamorado de él, le avalora el artista, y le hace sugestivo. La existencia puramente sensual, la desesperación ciega, el escarnio de las leyes divinas y humanas, el crimen, la muerte; todo lo que la razón declara aborrecible, puede presentarse á

nuestros ojos, revestido con la belleza del deleite exquisito, de la nostalgia del ideal, de la valerosa rebeldía contra el error, la injusticia ó la fuerza, ó de la soñada redención de las almas. Sí: es cierto que cuando se acostumbra un pueblo á no sentir con viveza más que la forma de las cosas, se van cegando las otras fuentes de la vida, de donde la exterioridad recibe frescura y consistencia; la molicie de las costumbres agota las energías; y al cabo de poco tiempo, aquella sociedad comienza á desfallecer de anemia.

Y porque todo eso es verdad, porque, siendo distintos el orden ético y el artístico, no es lícito á la Humanidad desentenderse de ninguno de ellos, considero imprescindible invocar, de nuevo, junto á la ferviente apología de los fueros de la belleza, la necesidad, nunca bastante encarecida, de una constitución moral robusta, sin cuyas inspiraciones no pasa el Arte de adulación engañosa de los sentidos. Cuanto más ricas y abundantes sean las formas, suministradas por la fantasía á los individuos, con mayor urgencia piden naturaleza sana en que emplearse. Tiempo es va de renunciar al cómodo arbitrio de las fórmulas exclusivas. Ni por el camino cerrado de la Estética se llegará jamás á la bondad, como asegura Vischer; ni, con el puro ejercicio de la virtud, se formarán los artistas, como pretende Jungmann. La realidad se burlará constantemente de tales empeños; y, lo que es peor, tomará segura venganza de quienes intenten resolver, con tan parciales arbitrios, el complejo problema del destino humano.

Respetemos, en buen hora, á los grandes genios,

hasta en sus extravíos. Harto compensan esta falta con la grandeza de la obra, en la cual, á través de su desequilibrio, deslumbran adivinaciones inesperadas de la suprema armonía. Ni hay, por otra parte, derecho á coartar la libre dirección de la actividad artística, vaya á donde vaya, cuando está sentida de veras. Pero abominemos, con toda la fuerza de nuestra alma, de la cohorte, poco nutrida á Dios gracias, de aficionados y de críticos, ganosos de notoriedad, que, incapaces de lograrla por mejores medios, se entretienen en sembrar, á su paso, gérmenes de discordia entre lo bello y lo bueno. Forjándose, á su capricho, una moral y un mundo, modelos de afectación, con pretensiones de delicadeza excepcional, gustan de pensar y sentir lo contrario que los demás hombres, á quienes miran desdeñosos, desde su altura de intelectuales, resueltos á tomar casi á ofensa el público aplauso, que, sin embargo, imploran diariamente, con su garrulería y sus aberraciones. Erigidos en pontífices de la religión de la belleza, hacen el estrago de los malos sacerdotes: más la perjudican que una muchedumbre de indiferentes ó de impíos.

Recordemos el conocido rasgo de Oscar Wilde, el famoso esteta inglés, en el puente de Londres. Pasando por allí, hubo de fijarse en un pobre, de semblante escuálido, que, sentado en un banquillo, cubierta la cabeza con un sombrero de copa roto, y vestido con astrosa levita, demandaba caridad á los transeuntes. Indignado el esteta, al ver aquella facha, le hizo levantarse y seguirle; le llevó á una sastrería, donde cambió su traje por otro más adecuado á su condición de mendigo; y, en seguida, le condujo

al mismo puente, y allí le dejó, sin darle un céntimo de limosna. Un verdadero artista se habría apresurado, ante todo, á satisfacer su hambre y á socorrer su miseria. Tiempo tenía, luego, de pensar en vestirle.

No: del rebajamiento moral de un pueblo, no tiene la culpa el Arte, que se limita á reflejarle en sus obras. Si resultan perversas, atribuyámoslo á la perversidad de sus autores, como hombres, no como artistas; v, en términos generales, al sentido social dominante. La educación estética afina nuestras facultades; no las crea, ni les marca determinada finalidad substantiva; porque ya sabemos que no tiene otra que la producción de la belleza. Las enfermedades de la voluntad se curan, dedicándose con ahinco al robustecimiento de los resortes morales, mediante los revulsivos que aconsejen las condiciones de cada caso. Contentarse con la depresión de la actividad artística malsana, equivale á buscar el remedio de la dolencia en uno de sus efectos; con lo cual no se logra sino que tome otros derroteros más peligrosos la fiebre que devora al enfermo.

Ya he reconocido que, si no directa, indirectamente, puede el Arte contribuir, con sus encantos descriptivos, á que se acentúen los accesos morbosos, de igual manera que, muchas veces, contribuye á su curación, suscitando protestas, seguidas de arranques salvadores. Pero no hay que engañarse: todo esto actúa dentro de un círculo relativamente limitado, mucho menor que lo que suele creerse. La resultancia positiva de la obra bella es la emoción estética desinteresada. Sobre las determinaciones voluntarias, influye de rechazo, á modo de pretexto. Sirve para que sal-

ga á la superficie el bien ó el mal, que estaba latente; le provoca á manifestarse como es; y, á lo sumo, estimula su especial propensión afectiva. Antes he tratado de señalar de qué manera, por virtud de la solidaridad de las funciones humanas, ayuda, en algunos casos, lo bello á la labor moral, aunque sin usurparle el puesto que de derecho le corresponde. Los cantos de Tirteo, que enardecían á los patriotas griegos, no hubieran sido capaces de mover un ejército de cobardes; ni los cuadros de Fra Angélico infundirán la fe á un incrédulo, aun cuando exalten la religiosidad de los creyentes; ni la lectura de libros depravados corrompe más que á aquellos que están ya á punto de corromperse.

Sucede, también, que la influencia de la producción artística en los sentimientos morales del sujeto depende, como eventual que es, de las circunstancias particulares de lugar y de tiempo. Pasadas éstas, va desapareciendo, y queda sólo lo permanente, la belleza eterna. Discurrimos, hoy, por el Olimpo, en la grata compañía del genio helénico, y nos extasiamos ante sus Dioses, sin sentir veleidades de paganismo; y (para tomar el ejemplo más moderno, entre lo que ya no es rigurosamente actual), nos encantan Leopardi y Shelley, experimentamos deliciosa emoción leyéndolos, sin que se matice ya el fondo de nuestra alma con la especial pasión de ánimo, en que se inspiraron sus poesías. Nos perturban, ahora, otros tópicos menos exquisitos, menos saturados de generoso idealismo, algunos de ellos, por cierto, tan torpemente servidos, que no es aventurado vaticinar su corto alcance; porque el transcurso del tiempo, ejecutor inexorable de la justicia artística, si deja, por acaso, en la oscuridad, algo que merecía prevalecer, nunca conserva, de seguro, más que aquello que de veras vale. ¿Quién se acuerda ya de los cuadros de Courbet, tan ruidosamente comentado, hace cuarenta años? ¿Quién se acordará, dentro de poco, de la mayor parte de nuestros decadentes, nihilistas, iluminados, simbolistas y novísimos, cuya sucesiva notoriedad dura, como es justo, lo que duran los caprichos de la moda?

¿A qué insistir? Discutan los que se obstinen en tachar al Arte de inmoral con los que acusan á la Moral de antiestética; y dejemos á unos y á otros, comprometidos en la loca empresa de suprimir el mal, en el mundo, apelando al peor de los arbitrios, á la intransigencia del dogma exclusivo, ya sea ético, ya religioso ó artístico; aquí donde tan varias actividades nos solicitan, necesitadas de superior concordia; y donde, por lo tanto, únicamente llena á conciencia su deber, quien cuida de cumplir, proporcionadamente, todos sus deberes.

X

Réstame ahora, como término de la tarea que me he señalado, decir algo acerca de la obligación artística del Estado, á título de persona jurídica de la Sociedad. Bastará para ello con que apliquemos á la práctica algo de lo que dejo expuesto, á propósito de la conducta del individuo, en su relación con los demás.

Las naciones son organismos especiales, distintos en-

tre sí, en medio de la unidad de su fin, en los que se actualiza, con vario sentido, la Humanidad. Para realizar su cometido propio, se dictan las leyes á que han de ajustarse, constituyéndose de ese módo en Estados reales, productores del Derecho consuetudinario, impuesto á los ciudadanos como regla efectiva de sus actos. De ese Estado real no puede ni debe ser más que transunto, aquel otro Estado conocido, por eso, con el nombre de representativo, compuesto de órganos oficiales, cuya misión consiste en dar carácter sistemático á la contínua obra jurídica de la Sociedad entera, como Estado representado, y en hacer reflexiva la espontánea manifestación de la legalidad común, por todos elaborada.

Preside, pues, á este movimiento, la libertad, inseparable de la Vida. Libremente se rige el hombre, dentro de su esfera personal, deslindando, en la conciencia, las necesidades racionales á que debe someterse y la fuerza incoercible de su actividad para interpretarlas y hacerlas positivas: libremente se relaciona con sus semejantes, se asocia á ellos y establece reglas definidas de conducta; y libremente, también, recogen esas reglas los poderes oficiales, las depuran y esclarecen, y, elevándolas á su alta generalidad, las proclaman en forma de mandatos, como expresión de la voluntad colectiva. Así, la fuerza del Derecho, obligatorio para todos, lleva su eficacia hasta los últimos rincones sociales, donde tuvo su oscuro origen; y los individuos quedan, en suma, sujetos á las leyes determinadas por su propia naturaleza. Y, si tal sucede en todos los órdenes de la vida, inclusos los que más fórmulas precisas consienten, con mayor motivo ha de ocurrir en

el orden artístico, cuya autonomía hemos comprobado tantas veces.

Pero la libertad del Arte no puede ser va hov objeto de discusión. Resultaría imperdonable anacronismo dedicarse á defenderla contra los atentados posibles de la Sociedad ó del Estado oficial. Ni es de temer que prevalezca, en la opinión, la tiranía de un canon exclusivo estético, que coarte las inspiraciones del artista; ni sus obras corren el riesgo de ser perseguidas por las arbitrariedades del poder. Si en algún país se conserva todavía, por motivos puramente políticos, cualquier limitación, tal como la prévia censura, para los espectáculos teatrales, éste y los demás resabios, que aún quedan, de pasadas costumbres, tienden á desaparecer; y, entretanto, apenas se advierten; porque es unánime el sentir de que no hay aquí otra garantía aceptable, en frente del abuso, que la represión, impuesta á las transgresiones de los ciudadanos por las leyes de policía y buen gobierno de los pueblos. No está el problema en las funciones negativas del Estado; está en la falta de ejercicio de su función positiva; en su escaso interés por la actividad artística ó en su manera irregular de atenderla.

Es grato á cualquier Gobierno conquistar el dictado de *protector de las letras y de las artes*, merced al empleo de unas cuantas pesetas, sobrantes del presupuesto, en compra de cuadros, adquisición de libros, premios en tal ó cual certamen, subvenciones á jóvenes para que completen sus estudios, y, de vez en cuando, hasta en la creación de alguna enseñanza. Nada sienta tan bien como este lujo, ostentado en circunstancias oportunas. A lo

que no se avienen tan fácilmente los gobernantes, es á ver, en la satisfacción de la finalidad artística, una obra de todos los días, seria y fundamental, que penetre en lo más hondo de la vida colectiva, como elemento integrante de su misión tutelar, ó, mejor dicho, de asistencia social, consagrada á cumplir, en el orden de los grandes intereses públicos, cuanto no lleva á cabo espontáneamente la Sociedad. Necesitarían para ello penetrarse bien (¡ojalá lo alcanzaran!) de que, en el fiel desempeño de su cometido, llenan un deber, igualmente estrecho, cuando fundan una Escuela ó mantienen un Hospital, que cuando abren un Museo.

Aplauso merece la institución de centros consagrados al cultivo superior de las Artes, que produzcan generaciones de pintores, escultores y músicos, pensionados después en el extranjero, para el complemento de su enseñanza y el desarrollo de sus aptitudes. Fórmanse así grandes artistas, honra de la Patria, capaces de dar impulso á la cultura nacional; pero es triste que, al volver á ella, se encuentren en medio de un pueblo indiferente y frío, poco apto para comprenderlos y, menos aun, para otorgar á sus obras la recompensa debida. Se asemeja esta tarea á la del que cifrara sus cuidados en los frutos de un árbol, sin atender á la prosperidad de sus raíces. Si se ha de mirar el empeño con la devoción fervorosa que justamente reclama, no ateniéndose á superficiales arbitrios, incumbe al Estado el afán continuo de infundir á la masa del país, por cuantos recursos le suministre su acción diaria, el amor á lo bello, la costumbre de gozarlo, y la repulsión profunda á lo deforme y á lo inarmónico. El culto á la forma pulcra crea un ambiente benéfico, en el cual surgen naturalmente los artistas, y se desarrollan, sin precauciones de invernadero, para bien suyo y de la sociedad en que viven.

Ninguna, por cierto, más necesitada que ésta nuestra raza española del influjo constante de las clases directoras y de los Poderes públicos, en la evolución de su sentido estético, poco depurado por falta de cultura, perezoso sobremanera para la tarea analítica diaria, propenso á obedecer sin conciencia, las anticipaciones del sentimiento, tan entusiasta por la improvisación colorista, como refractario al estudio asiduo de la línea, y desde luego, mucho más apto para interpretar la belleza trascendente, nacida de la expresión, que para complacerse en la abundancia de primores y en la exterioridad correcta de la obra clásica. No se ha de ir contra la naturaleza; pero urge educarla, haciéndola activa, y previniéndola contrala exageración de sus cualidades; porque cualquier tendencia extremada, por buena que sea, acusa pobreza de concepto y dificulta una evolución sana. El alma nacional. cuya sinceridad corre parejas con la energía de su temple, bajo apariencias menos atractivas que otras, guarda en su interior, á modo de ensueños, tesoros infinitos de poesía ideal, que están pidiendo al acaso ó á quien sepa darlos, estímulos para producirse en los hechos. Cuando los obtienen, se forman, con facilidad pasmosa, artistas excepcionales; y la misma multitud anónima atestigua con sus arranques, en las realidades de la vida, si algo logra agitarla, que, tras su indolencia habitual, se esconde la más delicada impresionabilidad artística.

Acude, en este instante, á mi memoria el recuerdo de un suceso, de que todos vosotros seguramente os enterasteis; como que ocurrió en esta capital, pocos años hace. Permitidme que lo traiga aquí á cuento, á riesgo de que algunos lo encuentren insignificante; ya que, por mi parte, lo considero como tipo característico de los actos populares, en que, por sobreponerse la objetividad bella á cualquier otro motivo, para el caso, secundario, experimentan quienes lo ejecutan ó lo contemplan, la verdadera emoción desinteresada.

Dos infelices enamorados, pertenecientes á humilde clase social, después de soportar durante largo tiempo las mayores contrariedades, por la oposición á su cariño, de las familias respectivas, adquirido ya el convencimiento de que su unión es imposible, deciden poner término á su vida; y una tibia tarde de primavera, en un rincón del Retiro, llevan á cabo su propósito, dejando escrita una carta, en la cual, al explicar el motivo de su muerte, se lamentan de no poder dormir juntos el sueño eterno. Cunde rápidamente la noticia; y, en los llamados barrios bajos de Madrid, de aspecto tan poco estético, movidas por idéntico impulso, se congregan unas cuantas mujeres, que ni de vista conocían á los muertos: abren una suscripción para adquirir amplio enterramiento, donde reposen los cuerpos de aquellos; recaudan en seguida fondos sobrados; hacen las diligencias necesarias; y, al día siguiente, acuden á las casas de los suicidas más de dos mil personas, gritando á una voz: «¡que los entierren juntos! Se apoderan de los carros fúnebres, dispuestos ya á salir en dirección á cementerios distintos; los reunen; y, formando una

sola comitiva, acompañan los cadáveres hasta dejarlos inhumados en la sepultura para ellos adquirida, que cubren piadosamente de flores. Y se retiran luego á sus pobres hogares, sin acordarse para nada del dinero gastado, ni del jornal perdido, contentas de sí mismas, seguras, sin duda, de que han hecho algo grato á su alma; pero bien ajenas de que eso se llama una obra de Arte. Tal es nuestro pueblo: cantera abundantísima, donde una mano hábil puede modelar hermosas esculturas.

XI

¿Cómo? Empezando por enseñar con el ejemplo, que es la lección más sugestiva. Mal que pese á nuestro orgullo, la imitación moldea, con poder irresistible, la conducta humana. Sin dejar de producir algo nuevo cada uno, adecuado al coeficiente de originalidad que constituye la característica de la persona, es lo cierto que todos vivimos imitando, más ó menos deliberadamente, lo que nos rodea; y hasta cuando imponemos á nuestra actividad determinados hábitos, no hacemos, al cabo, más que imitarnos á nosotros mismos. La fuerza de la costumbre, tan despótica siempre, arranca, como tantos otros impulsos de nuestros actos, de ese afán imitador, cuya tiranía llega, en ocasiones, á anular los instintos más vivaces, incluso el de la propia conservación. A él se deben, en gran parte, los rasgos de heroismo que tanto nos envanecen y los crímenes enormes, cuva perversidad nos indigna; á él también muchos de los arrebatos que arrastran hasta el suicidio.

Imitando, á mi vez, á los adeptos de la ciencia positiva, para quienes la única manera de entender nuestra compleja civilización, consiste en buscar sus raíces en las sociedades más próximas al estado natural, citaré el hecho curioso, atribuído por Bagehot á los habitantes de las islas Fidjí. Dice que suelen pasear por las crestas de sus escarpadas montañas, en partidas de diez ó doce, unos detrás de otros, por estrechos y muy peligrosos senderos. El que camina delante, actuando de jefe, no cesa de dar saltos y hacer contorsiones, que los demás reproducen con fidelidad; y si, por su desdicha, tropieza y se despeña, todos los que le siguen, dominados por el vértigo imitador, se van tirando sucesivamente al abismo.

También en los países cultos ofrece la imitación frecuentes despeñaderos, de que necesitamos guardarnos; y bueno es tener en cuenta el caso de esos salvajes, aun con las reservas consiguientes, para no mostrarnos muy sorprendidos de que los pueblos adelanten con trabajo en su corrección artística, mientras sus gobiernos no se apresuren á tenerla intachable. Si á ello se prestasen éstos, como deben, no serían pocas las enormes transformaciones que habrían de introducir en todos sus actos, desde la literatura de sus documentos oficiales, modelo de desaliño, cuando no de ignorancia supina, hasta el ceremonial de sus solemnidades y fiestas, reñidas casi siempre con el buen gusto.

Ni resultaría tampoco corta la lista de los edificios públicos, de bochornoso aspecto, que habrían de entregarse á la piqueta demoledora, para sustituirlos con otros, suntuosos ó modestos, según los recursos, pero, al me-

nos, dignos, por su compostura, del fin á que se destinan; ni habría modo de encarecer, sin detenerse en prolijos detalles, la urgencia de remediar los horrores que encierran en su interior esos centros burocráticos, donde, entre cuatro paredes desnudas y sucias, detrás de unas mesas desvencijadas, en compañía de dos ó tres sillas, medio rotas, cargadas de papeles, recibe á los ciudadanos el ogro de la Administración, doblemente odioso en aquel ambiente de brutal abandono, que ningún sentimiento noble puede iuspirar, y, menos que otro, el amor á un trabajo, hecho á la fuerza, sin el más leve halago de los sentidos.

Ni sería dable, por último, enumerar aquí las novedades que el Estado y las Corporaciones populares tendrían que introducir en el resto de sus servicios, sobre todo en el régimen de las obras públicas, cuya construcción, sean las que fueren, habría de ajustarse, no sólo á las condiciones técnicas al uso, sino también á las condiciones decorativas correspondientes; así como en lo relativo al embellecimiento de las ciudades, á sus casas, á sus parques, á sus calles, donde todo, desde el grandioso arco conmemorativo, hasta el modesto soporte de un hilo eléctrico, debería tener su oportuno valor ornamental.

Notorio sería, por sus inmediatos efectos, el cambio de sentido en la actividad del Estado, apenas se reconociesen, con franqueza, las necesidades perentorias de la función social á que me refiero, hoy tan olvidada. Cesaría el injusto confinamiento del Arte; y, borrada, en la práctica, la absurda solución de continuidad con que se pretende separarla de los empeños exclusivamente útiles,

se trataría de que fueran éstos, verdaderos empeños humanos, que, además de la adaptación á su destino de las obras producidas, intentasen dotarlas, en cuanto fuera posible, de otra utilidad: la de la belleza. Entonces, tendrían los gobernantes autoridad sobrada para reprimir con mano fuerte los mil desmanes antiestéticos que cometen, de continuo, los gobernados, en campos y en ciudades, por su incuria ó por su ciego industrialismo; penándolas como se penan otras infracciones, no más atentatorias, que éstas, al decoro público.

Viene luego la enseñanza de la Escuela. Desde que empieza el niño su aprendizaje de primeras letras, á la vez que se desenvuelve su sentido moral, enseñándole á discernir lo que es bueno de lo que es malo, hay que comenzar á mostrarle lo que es bello y lo que es feo. Esta preparación del alma artística, hecha por el maestro, mediante los encantos visibles de la Naturaleza y de las obras humanas, contribuiría á que saliese del período primario de su educación con un saber elemental, enriquecido por el amor profundo á la forma de las cosas, no sólo aprendidas, sino sentidas y vistas. Los rudimentos de la Música, de la Poesía y del Dibujo, adquiridos en ese período, sirven para que, al ponerse el hombre en relación con sus semejantes, levendo y escribiendo, se relacione, asimismo, con la generalidad que le envuelve, sintiéndola con viveza, en los objetos presentes ante sus ojos. Estos no se revelan en toda su intensidad más que á aquellos que aciertan á escuchar sus ocultas armonías, á reproducirlos, idealizados, en el mundo de la imaginación, y á trazarlos en el papel, donde se aprende á ver

las líneas, que, sin semejante ejercicio, únicamente se sospechan.

Cumple, en seguida, á la segunda Enseñanza, el desarrollo de tales gérmenes, con los conocimientos históricos y técnicos adecuados y con la continua acción de la realidad viviente. En este momento, en que cada individuo opta por la orientación á que le llevan sus circunstancias ó sus aptitudes, al elegir el oficio á que ha de dedicarse, se suele pronunciar, de paso, por un interés artístico determinado; y á él se consagra, con preferencia, en adelante, bien como mero adepto, bien como artista profesional. Para estos últimos, están reservados los Institutos de Enseñanza superior, que deben ser pocos en número, pero selectísimos, como pertenecientes á reducida aristocracia, cultivadora desinteresada del Arte puro.

No bastarían, sin duda, los centros oficiales, por mucho que se multiplicaran y se diseminasen por el país, para tan extensa labor, si no acudiese á ayudarla la Sociedad. Merced al estímulo del Estado, se van generalizando entre nosotros, las escuelas de instrucción primaria en las fábricas. Bien poco pedir es que, allí, se dé alguna educación artística; ya que no aspiremos á lo que hacen en otras naciones, como Alemania, algunos grandes industriales, que facilitan á sus obreros espectáculos gratis, y sostienen una orquesta, para esparcir su ánimo, en los ratos de descanso.

Por otros mil medios prestarían aliento á la difusión de la cultura que nos ocupa los organismos públicos, y, en especial, esta ilustre Academia, abriendo, por ejemplo, frecuentemente, certámenes y concursos sobre motivos ar-

tísticos; y dando á luz obras, como el Diccionario de Bellas Artes, de que tan necesitados estamos, en los actuales tiempos, en que la mayoría de las gentes, sin vagar bastante para consagrarse, en lo que no es de su particular incumbencia, á estudios sistemáticos, busca la ilustración concisa y ocasional, que esta clase de trabajos suministra. Bajo su dirección, deberían salir de la Calcografía nacional abundantísimas ediciones de grabados, con las oportunas notas explicativas; y del Museo de reproducciones, gran copia de vaciados, en reducido tamaño, de las maravillas que guarda; todo ello, para esparcirse y llegar hasta los últimos establecimientos de Enseñanza; y aun para ser profusamente repartido, gratis, ó á precios insignificantes, á fin de que fueran á adornar los hogares de los más humildes jornaleros; á quien, al propio tiempo, habría de ofrecer la Academia Española, nutrida colección de nuestros libros clásicos; y los teatros, subvencionados por el Gobierno, escogidas representaciones populares.

También los Museos son escuela, acaso demasiado escuela, en el sentido antiguo, más propenso á instruir que á educar. Desempeñan ciertamente su cometido, respecto á la enseñanza técnica del artista, que encuentra allí materia insustituible para el estudio de los maestros, así en lo referente á sus procedimientos de ejecución y á los resultados obtenidos, como en el sucesivo desarrollo de su genialidad; pero no cooperan, en cambio, con eficacia análoga, al general placer estético. Expuestos cuadros y esculturas, en apretadas filas, unos sobre otros, como legajos de un archivo, se recomiendan más á la consulta que á la admiración; pierden su virtud decorativa; se per-

judican mutuamente; enfrían el ánimo, y acaban por engendrar cierta indiferencia, rayana con el hastío. Sea cual fuere el entusiasmo sentido, en los primeros instantes, por el deslumbramiento de los tesoros allí reunidos, nadie tarda en reconocer que cualquiera de aquellas obras produciría mucho más efecto, mejor colocada en otra parte. Por singular contrasentido, en esos templos es donde menos se observan las leyes superiores del conjunto artístico.

Para obedecerlas, habrían de ser los Museos amenos parques, sembrados de edificios, donde se agotaran las excelencias de los diversos estilos arquitectónicos, y en cuyo interior, decorado con arreglo al gusto de la época correspondiente, lucieran, en amplios salones, como la mejor de sus galas, las obras de los artistas que florecieron en aquel tiempo. Cumplido así, en este punto, el meritorio intento de que surgiese para nosotros, la unidad armónica de la vida humana, en cada una de sus manifestaciones sucesivas. gozaríamos de ellas, con insuperable encanto. Pero, dejando tal empresa encomendada á los decretos de un remoto porvenir, contentémonos ahora con que los Museos, instalados de la mejor manera posible, ofrezcan comodidades y alicientes para ser visitados con frecuencia; como sucedería, por ejemplo, si se les dotara de un personal de profesores que, á horas determinadas, guiase al público y con sus explicaciones, avivara su admiración y promoviese su interés

Dos palabras acerca de la sugestión monumental. Entre las producciones del Arte en el espacio, las que más impresionan á la generalidad de las gentes, son aquellas en que interviene la Arquitectura. Sea porque su condición sintética le permite aprovechar elementos de todas las demás artes, para sus construcciones; sea por la magnitud de las masas sobre que actúa; sea porque sus mayores relaciones con los otros fines humanos, despiertan sentimientos que tienden á hacer más intenso el efecto de sus obras; ó sea, quizá, porque el mérito artístico de éstas, se revela con menor esfuerzo á las muchedumbres indoctas, es lo cierto que el templo, el palacio, el monumento, sobre ser las únicas expresiones del Arte del diseño, de que disfrutan muchos, causan á la mayoría emoción más honda que cualquier cuadro ó escultura de afamado maestro. De aquí, la importancia excepcional que tiene, para los pueblos, la multiplicación de las construcciones conmemorativas, en la vía pública.

Grandes censuras se escuchan á propósito de la fiebre estatuaria, recientemente sentida en algunas naciones. Pero los abusos á que arrastra no son, entre nosotros, muy de temer. Propicios siempre á pregonar las glorias y las hazañas de nuestros antecesores, no nos hemos cuidado de que recibieran sus cuerpos, perdidos ya los más, para nuestra vergiienza, conocida sepultura en tierra española; ni nos acordamos de rendirles, en nuestras ciudades, homenajes que perpetúen su recuerdo. Desconocemos, con esto, obligaciones imperiosas que debiera sernos gratísimo cumplir; porque nada hay tan consolador para los vivos, como la evocación constante del pasado, y la compañía de los muertos ilustres, en calles y plazas, ennoblecidas con tales memorias, así por lo que tienen de bellas, como por lo que elevan el espíritu y acrisolan la dignidad patria.

En este breve resumen de la política artística del Estado, no he incluído, porque ya se supone, el deber de velar sin tregua por la conservación del caudal, harto mermado por desgracia, que aún nos queda, de riquezas inapreciables, procurando que se exhiban al público las que yacen olvidadas ó escondidas, en poder de algunas corporaciones, ignorantes, por lo visto, de que quién sustrae una obra de Arte á la general admiración, merece perderla; y apresurándose á dictar una ley que impida, de una vez para siempre, la desaparición y la fuga, á través de la frontera, de nuestros tesoros históricos y artísticos. parte integrante del país, tan preciada como el mismo territorio. Ni, tampoco, hace falta encarecer el esmero con que ha de atenderse á la custodia y entretenimiento de las ruinas venerandas y de los edificios, aún en pie, que constituyen nuestros monumentos nacionales. Del grado de civilización de un pueblo da exacta medida su desvelo en guardar de las profanaciones del tiempo y de los hombres, á esos inválidos del Arte, para los cuales no hay protección que resulte excesiva. No se aprecian bien las contingencias que lleva consigo el desdén salvaje hacia esta clase de cuidados. La fortuna quebrantada, se repone; las colonias arrebatadas, pueden ser sustituídas por otras; la autoridad y el prestigio venidos á menos, se restauran; pero dónde encontraríamos otra Alhambra, si la perdiéramos?

¿Y qué decir de los ultrajes tan á menudo inferidos sin necesidad á la pobre Naturaleza por el furor utilitario? Bosques seculares talados, campos feraces convertidos en yermos, estériles para siempre, ríos de cristalinas on-

das transformados en cauces repulsivos de aguas sanguinolentas, frondosos y apacibles vergeles desfigurados por enormes tajos de tierra y piedras, equién no se ha visto penosamente sorprendido por alguno de estos espectáculos? ¿Quién no ha deseado la intervención de un gobierno vigilante, que atenúe los males ó corrija los excesos de la codicia explotadora? No habremos de seguir, por ello, á Rüskin en sus protestas airadas contra todo y contra todos: no hemos de acariciar sus sueños de destrucción de la industria actual y de renacimiento de las antiguas prácticas. Resignados con lo inevitable, saludemos, por el contrario, los progresos del trabajo moderno, de cuyos beneficios disfrutamos constantemente; pidiéndole, en cambio, nada más que aquella veneración á los encantos naturales, compatible con el cumplimiento de sus fines. Para que se preste al disimulo piadoso de sus crueldades, recordémosle las sentidas palabras del insigne escritor á quien acabo de referirme: «Una nación no es digna del suelo que ha heredado, si, con sus actos, no le respeta y le embellece para los descendientes.»

Por suerte, el industrialismo, á pesar de sus desenfrenos, no deja de ser empresa humana; y concluye por humanizarse. Sigue la ley del plebeyo enriquecido, que busca blasones y ejecutorias con que entonar el brillo de su oro. Cuando la utilidad triunfa, acude á la belleza, para que cante sus hazañas. El hierro rígido, enemigo jurado de la Estética, se impuso, en las construcciones del siglo; y, poco á poco, se vá suavizando y nos sorprende con flexibilidades y exquisiteces de forma, que ni siquiera sospechábamos. Hasta donde llegarán las transformaciones de

este proceso arquitectónico, todavía en sus comienzos? Lo mismo sucede con todos los adelantos. En la evolución de la Humanidad, dentro de cada período, el Arte, lo más refinado, es lo que aparece más tarde, como coronamiento de la obra; de igual modo que, en la vida del hombre, la juventud egoista goza, la edad madura trabaja; y, al tocar al apogeo, antes de la declinación forzosa, si se posee el privilegio, superior á todos, de conservar la frescura del alma, entonces es cuando, con desinterés y con mayor intensidad, desde la altura, se aspira el perfume del Universo y se siente la poesía de las cosas.

Brota el árbol de la tierra; crece sin cesar, merced á la savia potente que por su interior circula; salen, por fin, las ramas que rodean el tronco, ya robusto; y, enseguida, la Naturaleza las cubre de hojas y de flores. Cierto que viene luego el fruto; pero éste no es ya el árbol; es el germen de otros árboles que seguirán el mismo desenvol vimiento. Lejos de ser fase intermedia, reemplazable por otra, la expansión del Arte nos anuncia la plenitud de la existencia; plenitud efímera, sí, pero eternamente reproducida. Los hombres y los pueblos ricos ó sabios, con toda su riqueza y su sabiduría, si no tienen más que eso, por su aspecto rudo, se acercan á la barbarie. Con la devoción por la belleza es como ganan el dictado de cultos.

XII

La magnitud del asunto ha dado á este Discurso proporciones inusitadas, á pesar de mi empeño en reducirle á términos razonables. Tengo, pues, que hacer aquí punto, omitiendo lo que pensaba decir, á manera de complemento, á propósito del Arte decorativo. Me limitaré á algunas indicaciones.

Ostensible es la resuelta y cada día más acentuada dirección de la actividad artística, hacia los productos de la Industria, destinados al uso diario y al adorno de la casa y de la persona. No se trata de un grado mayor de perfeccionamiento, en la confección de los objetos propios de las artes suntuarias, como consecuencia obligada del progreso de los tiempos. Hay un notable cambio de derrotero, en cuanto á las intenciones de las personas dedicadas á fabricarlos. No se reducen ya á simular, de una manera accidental, la belleza, sino que aspiran á realizarla de veras. Lo que antes estaba encomendado á artífices modestos, á quienes negara la Naturaleza las condiciones excepcionales, precisas para las altas empresas del Arte, va siendo ahora tarea, cuando no preferente, muy atendida, de los primeros artistas y de los que, con su enseñanza se forman, ganosos de reanudar en este punto, tradiciones simpáticas, emulando á sus insignes predecesores, gloria del Renacimiento. Y es de advertir que, en tales trabajos, suelen hacer gala de una inspiración y de una originalidad, no tan manifiestas, ni tan espontáneamente conseguidas en sus cuadros ó en sus estatuas.

A causas muy complejas responde esta tendencia á las aplicaciones industriales ó meramente decorativas, de los cultivadores del Arte puro. No nos detengamos en el examen de lo que haya podido influir el advenimiento de la Democracia, en el gobierno de los pueblos, á mi ver, antes efecto, también, que razón ocasional, como sostienen algunos, de las transformaciones del espíritu colectivo. No analicemos tampoco si, con esto, se favorecen ó se perjudican los intereses estéticos, cuestión muy árdua, que no se resuelve con unas cuantas declamaciones, lanzadas desde puntos de vista parciales, sino estudiando despacio lo que significan y lo que valen, respectivamente, para las sociedades y los individuos, la mayor extensión y la mayor intensidad del trabajo artístico. No traigamos á cuento los datos de orden económico, que complican el problema; ni nos ocupemos, por último, en comprobar si el prurito igualitario que arrastra al mundo moderno, al dar, con la difusión de la cultura y la ruina de los privilegios de clase, facilidades á los hombres para llegar á ser equivalentes entre sí, contribuye algo á desvanecer hasta las diferencias intelectuales, levantando el nivel general, sobre el que descuellan va monos los talentos superiores. Venga de donde viniere, bástanos un hecho fuera de duda: en las manifestaciones todas de nuestra época predomina el sentido positivo. Natural es que el Arte busque á la utilidad y se concierte con ella.

Con fuerza incontrastable se propaga el movimiento, sobre todo, en los países anglo-sajones y germánicos, y, especialmente, en Alemania, Inglaterra y Austria, que, á diario, nos ofrecen de él, muestras individuales y colectivas. Quienes visitaron la última Exposición de París, pudieron notar que, en el Gran Palacio, entre la muchedumbre de esculturas y cuadros que allí exhibían todas las naciones, aun cuando abundaran las obras excelentes, no había ninguna que dejara en el alma la honda impresión de lo extraordinario; mientras que, al recorrer las salas destinadas á las industrias artísticas, salva la gran distancia que media entre el valor y el efecto estético de ésta y de aquella clase de producciones, es lo cierto que se caminaba de sorpresa en sorpresa.

No dejan tampoco de producirlas, en medio de sus extravagancias y de sus enormes desvaríos, la instalación y los trabajos de la Colonia de artistas de Darmstadt, bajo el patrocinio del Gran Duque de Hesse allí inaugurada recientemente; donde, por primera vez, se ha erigido en cantón soberano, un núcleo de cultivadores exclusivos del estilo moderno, que, haciendo alarde de un individualismo no adulterado por las reglas, rechazan los lazos comunes obligatorios, fuera de la ley arrogante que, según ellos, manda al artista, «hacerse por sí, todo su Universo». Perdonada la hipérbole, en gracia de la intención, puede decirse que el Arte, fatigado y exhausto, por exceso de fecundidad ó por falta de ideales precisos, descansa, ahora, de su ascensión á las altas creaciones; y, en tanto recobra nuevos alientos, se complace en discurrir por las llanuras de la vida corriente, para perfilar y embellecer lo que encuentra al paso.

Exigua parte toma, hasta hoy, nuestra España, en la

gran obra artístico-industrial, que tanto ocupa á las demás naciones. Muy apagados llegan aquí los ecos de las batallas que riñen las tendencias novísimas y la noticia de las conciliaciones felices ensavadas; mas, por eso mismo, urge doblemente que nos apercibamos para intervenir en la contienda, con la fortuna, que, si nos acompaña la persistencia en el esfuerzo, es lícito esperar de nuestras aptitudes especiales. Bien notorias son; bien acreditadas han quedado, cuando, por acaso, sin preparación, hemos aventurado alguna tentativa; y si las negaran, ahí está, para confirmarlas, nuestra historia. Repasando, entre otros, el importante libro de mi ilustre antecesor en este sitial, á que he hecho referencia, al principio de mi trabajo, cualquiera puede ver lo que hemos sido, en punto á industrias artísticas, en tiempos mejores; y cualquiera adivina á dónde llegaríamos, si acometiésemos seriamente la empresa de restaurarlas, favorecidos por los adelantos, que, en los procedimientos, introduce el progreso de las ciencias auxiliares.

Va he tenido ocasión de decirlo en otro lugar, llamando, sobre tan vital asunto, la atención de los Poderes públicos. Pocas actividades se adaptan, como ésta, á nuestras circunstancias. Nos sobran idealidad artística y prontitud para el aprendizaje; no nos estorban nuestra pobreza ni nuestra repugnancia á la asociación, porque estas industrias no exigen, para su planteamiento, cuantioso presupuesto, y tienen más de individuales que de colectivas; ni, tampoco, nos perjudican la carestía de las primeras materias, ni la dificultad de comunicaciones; porque, tratándose de productos de lujo, importa menos la baratura

que la perfección artística. Lo que nos hace falta, es adquirir personalidad, formarnos, dentro de los caracteres distintivos del Arte nacional, como inventores, y no como simples copistas del extranjero; y ésta es empresa árdua, pero muy asequible, mediante el prolijo estudio de los modelos capaces de fecundar nuestro espíritu, y con una enseñanza sistemática, que despierte las delicadezas del buen gusto.

No conozco, señores, intento alguno más indicado á la acción inmediata de los gobiernos. Además de la Central de Madrid, tenemos once Escuelas que, hace medio siglo, vienen funcionando, repartidas por la Península; y á las cuales, á pesar de su vida precaria, sin recursos para las atenciones más perentorias, se debe la educación que han ido adquiriendo nuestros obreros. Unicamente con haberles prestado menguadísima protección, en estos últimos años, se ha conseguido una matrícula de 7.000 alumnos, aunque la enseñanza se da allí, todavía, en condiciones deplorables, entre diarios conflictos, por falta de los medios precisos de subsistencia. Tenemos también varios Centros de menor importancia, fundados recientemente, amén de los sostenidos por los municipios y otras corporaciones. No necesitamos más, por ahora; nos bastaría con organizar, en términos regulares, lo que ya existe. Tomando el Estado á su cargo, de una vez, como es justo, los establecimientos que denomina oficiales y no paga; ampliando sus estudios; dotándoles de material conveniente; depurando su personal y velando por que cumpliese, sin desnaturalizarle, su peculiar cometido; celebrando exposiciones y concursos; y trayendo de otros

países afamados maestros, que secundaran á nuestros artistas, se lograría, en muy poco tiempo, una generación de oficiales y de operarios inteligentes que, dedicados á las diversas producciones del Arte decorativo, provocarían una admirable explosión del genio español, base del bienestar de la clase más numerosa de la Sociedad y origen de riqueza incalculable para todos. Mucho venimos hablando de regeneraciones y de enérgica orientación que nos reponga de nuestras desdichas. Si es ya tiempo de que á las palabras sucedan los hechos, ¿hay, por ventura, obra como ésta, de tánta trascendencia y de tan seguros resultados?

He concluído. Perdonad mi larga disertación. Con serlo tanto, ya habréis notado que no contiene más que apuntes de ideas, cuyo desenvolvimiento conduciría, por varios caminos, á la solución de capitales problemas. Lejos de mi ánimo el ambicioso propósito de abordarlos, me he reducido á daros un boceto de mi impresión personal, trazado con el único fin de que encontreis en él un poco de pensamiento, al servicio de una fé vivísima en la virtud insustituible del Arte bello, para la producción armónica de la Vida. Nublado nuestro cielo con las tristezas pesimistas, por todas partes oímos hablar de ruinas de ideales y de antagonismos furiosos, á unos cuantos desesperados sinceros, seguidos de gran golpe de gente avezada á la explotación de los efectos literarios que suministran con facilidad las exaltaciones enfermizas. Dejémoslos, y busquemos una ráfaga de aire sano que oree nuestra frente. Después de todo, la suprema belleza estará, siempre, en la sumisión á las leyes morales,

en la verdad de los sentimientos, en el equilibrio del espíritu y en el amor inagotable á todo lo creado. Quien, en medio del fragor de *la lucha por la existencia*, acredite, con sus palabras y con sus actos, la eficacia redentora de la *paz en la vida*, merecerá el lauro del bienhechor, si menos brillante, muy preferible, siempre, al del guerrero; y el aplauso silencioso, halago de la conciencia, que solo resuena en el fondo de nuestra alma, le dirá claramente que esa es la mejor manera de pagar la deuda contraida con la Humanidad y con la Patria.

HE DICHO.

DATOS BIOGRÁFICOS

ACERCA DEL

EXCMO. É ILMO. SR. D. JUAN FACUNDO RIAÑO

Don Juan Facundo Riaño y Montero, nació en Granada el 24 de Noviembre de 1829.—Cursó allí las carreras de Filosofía y Letras, y Derecho, doctorándose en Madrid.—En 1851 emprendió un largo viaje de estudio en el extranjero, permaneciendo mucho tiempo en Roma

En 1861 hizo oposición á la cátedra de Teoría é Historia de las Bellas Artes de la Escuela Superior de Pintura de Madrid. Fué propuesto en primer lugar de la terna, dándose la cátedra al nombrado en segundo lugar.

En 1863 fué nombrado catedrático interino de asignatura igual, en la Escuela Superior de Diplomática; y en 1864, numerario de la misma cátedra; quedando en 1868, declarado excedente por reforma.

En 1869 fué elegido Académico de la Historia. En el propio año formó parte de la Comisión que representó al Ministerio de Fomento en la apertura del Canal de Suez.

En 1873 fué repuesto en el cargo de Catedrático de la Escuela de Diplomática.

En 1876 representó á España en Inglaterra en la Exposición de Ciencias de Londres.

En 1878 fué encargado de la creación y organización del Museo de Reproducciones Artísticas, del cual fué Director hasta su fallecimiento.

En 1880 fué elegido Académico de la de Bellas Artes de San Fernando; y en 1881 nombrado Director de Instrucción pública, cargo que desempeño hasta 1883.

En 1881 fué elegido Diputado por Archidona; y en 1886, Senador por Granada.

En el mismo año fué nombrado Consejero de Estado; en 1887 Consejero de Instrucción pública, y en 1888 Ministro de lo Contencioso del Consejo de Estado.

En 1891 y 1898 representó en el Senado á la Universidad de Granada.

Declarado en 1892 excedente de Consejero de lo Contencioso, fué nombrado de nuevo en 1894 Consejero de Estado.

En 1898 fué elegido Director de la Academia de San Fernando, y en 1899 Senador por la misma Corporación.

LIBROS, DISCURSOS Y ARTÍCULOS

- 1859.—«El Adorno.» Discurso al tomar posesión de la plaza de Académico de Bellas Artes de Granada.
- 1863.—«Sobre el libro de Mr. Laforge Les Arts et les Artistes en Espagne: El Arte en España». Tomo II, Madrid.
- 1866.—«A Spanish view of Street's Gothic Architecture in Spain». The Ecclesiologist, London. Masters.
 - 1667.—«Antonio Pérez». Frasers Magazine, Dec. London.
- 1669.—«Alonso el Sabio y la Crónica General». Discurso de entrada en la Real Academia de la Historia.
- 1870. «Apuntes sobre el Egipto». Revista de España. Madrid. Tomo XIV, Junio.
 - 1871.—«El Príncipe D. Carlos». Frasers Magazine. July.
- 1872.—«Classified and descriptive Catalogue of the Art Objects of Spanish Production in the South Kensington Museum». London. Spottiswood.
- 1872.—«The antiquities of Yecla.» The Athenaeum, London. Junio.
- 1873.—«Plato italiano del siglo XVI que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional». Museo Español de Antigüedades. Madrid Tomo II.
- 1875. «Report by D. Juan Riaño on a Collection of Photographs from Tapestris in the Royal Collection at Madrid». Para el Museo de Kensington. London.
- 1875.—Contestación al discurro de entrada del Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié en la Real Academia de la Historia.
- 1876.—«Programa de la asignatura de Historia de las Bellas Artes de la Escuela de Diplomática». Madrid.

- 1877.—«La fabricación de loza dorada de Manises». Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Fortanet; y en folleto aparte.
- 1877.— «Viajes de extranjeros por España en el siglo xv». Boletín de la Sociedad Geográfica. Tomo III. Madrid.
- 1878.—Revisión y adiciones á la 5.ª edición del *Hand Book for Travellers in Spain* de Richard Ford. London. Murray.
- 1879.—«La fabrica de porcelana del Retiro». Almanaque de la Institución libre de enseñanza para 1879.
- 1879.—«Manual of Spanish Industrial Arts». Published for the Committee of Council on Education. London. Chapman Hall.
- 1879-80.—«El Palacio árabe de la Alhambra de Granada». Monumentos Arquitectónicos de España. Madrid. Dorregaray.
- 1880. «El Arte Arabe.» Discurso de entrada en la Real Academia de San Fernando.
- 1881.—«Catálogo del Museo de Reproducciones Artísticas». Madrid.
- 1883 á 96.—Artículos sobre Literatura Contemporánea, publicados anualmente en la revista, *The Athenaeum*. London.
- 1884.—«La Instrucción pública durante el Ministerio del Sr. Albareda». Revista de España. Madrid. Núm. 382, Enero.
- 1884.—«La Alhambra». Estudio crítico de las Descripciones antiguas y modernas del Palacio Arabe. *Revista de España*. Año XVI, números 385 y 386. Madrid.
- 1885.—Contestación al Discurso de entrada de D. José Casado de Alisal, sobre pintura Italiana.
- 1887.—«La Fortaleza de la Alhambra». Boletín de la Institución libre de Enseñanza. Año XI, números 247, 248 y 249.
- r887.—«Critical and Biographical notes on Early Spanish Music.» With numerous illustrations. Londón. Quaritch.
- 1889.—Contestación al Discurso de entrada del Sr. D. Ricardo Bellver en la Real Academia de San Fernando.
- 1891.— «Una excursión artística». Santo Domingo de Silos.— *Heraldo* de 31 de Septiembre.
- 1892. «Unos versos de gallegos sobre el pintor Velázquez.» Correspondencia de España. Madrid.
- 1892.—«Colón y el Romancero». Boletín de la Cámara de Comercio de Granada. Octubre
- 1892.—«La primera comedia que se representó sobre la Toma de Granada». Boletín del Centro Artístico de Granada. 2 de Enero.
- 1896.—«Cuadros y objetos del Duque de Osuna». *The Athenaeum*. Londres.

1898.—«Una relación inédita de la Toma de Granada». La Alhambra, número I. Granada.

INFORMES

A.)—En el Boletín de la Real Academia de la Historia.

Tomo I.—Sobre el Nobiliario y blasón del Sr. Fernández Bethencourt.

Tomo V.—Sobre las Basílicas de Santa María de Naranco y San Miguel de Lino.

Tomo VI.—Sobre declarar monumentos nacionales estas Iglesias.

Tomo XII.—Sobre la Historia de Baeza del Sr. Cozar.

Tomo XIX.—Sobre la Armada invencible.

Tomo XX.—Sobre el Arte en Santiago de Compostela durante el siglo XVIII, del Sr. Murguía.

Tomo XXII.—Sobre la Historia del reino de los Incas, por Pedro Sarmiento de Gamboa, existente en la Biblioteca de Gottingen.

Tomos XXIII-XXV.—Sobre el Hallazgo prehistórico de Ciempo zuelos.

Tomo XXVII.—Sobre una Inscripción Asiria.

Tomo XXIX.—Necrología de Juan Bautista Rossi.

Tomo XXXII.—Iglesias de San Miguel, Santa María y San Pedro de Tarrasa.

Tomo XXXIV.—Efigie gnóstica de bronce.

B.)—En el Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Tomo IV.—Pidiendo se declaren monumentos nacionales las iglesias de Santa María de Naranco y San Miguel de Lino.

Tomo V.—Sobre el proyecto de restauración de la Basílica de San Vicente de Avila.

Tomo VI. - Sobre la fachada Sur de la Basílica de San Vicente, en Avila.

Tomo VI.—Restauración de la ermita de Santa Cristina de Lena. Tomo VII.—Sobre el proyecto de construcción del frontón de la Catedral de Barcelona.

Tomo VIII.—Sobre el proyecto de restauración de la fachada de la Iglesia Colegial de Santa María de Calatayud.

Tomo VIII.—Sobre la obra «Museo Granadino de Antigüedades Arabes».

Tomo IX.—Sobre la Iglesia y claustro de Santillana, Santander. Tomo IX.—Sobre el Monasterio de Celanova, Orense. Tomo X.—Sobre el proyecto de ampliación de las obras de la Catedral de Barcelona.

Tomo XVII.—Sobre las iglesias de San Miguel, Santa María y San Pedro de Tarrasa.

Tomo XVII.—Sobre el Diccionario biográfico de artístas valencianos.

(Quedan todavía sin publicar los informes posteriores á 1897.)

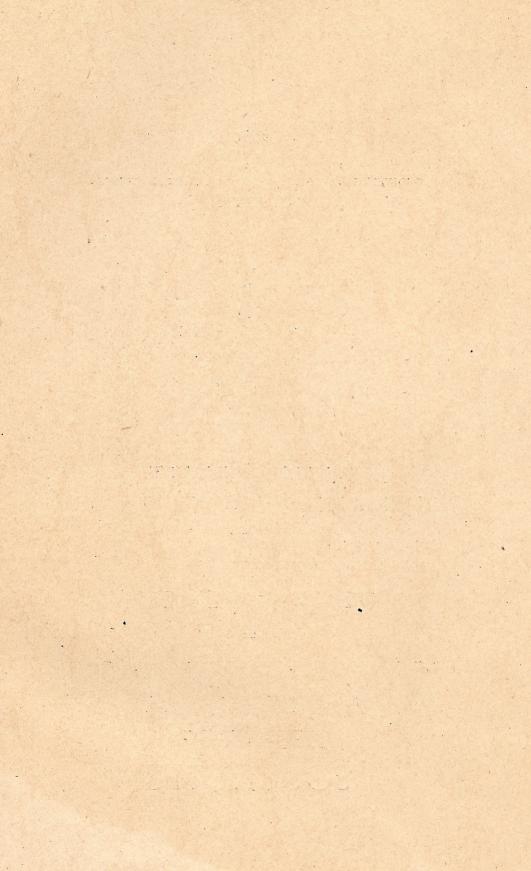
CURSOS Y CONFERENCIAS

1863 á 1886.—Curso de tres lecciones semanales sobre Historia de las Bellas Artes, como profesor numerario de dicha asignatura en la Escuela Superior de Diplomática de Madrid.

1876-77-78.—Curso semanal de Historia de las Bellas Artes, explicado en la Escuela de Institutrices de Madrid.

1887.—Conferencia sobre «La Iglesia Gótica», en la Sociedad El Fomento de las Artes. Madrid.

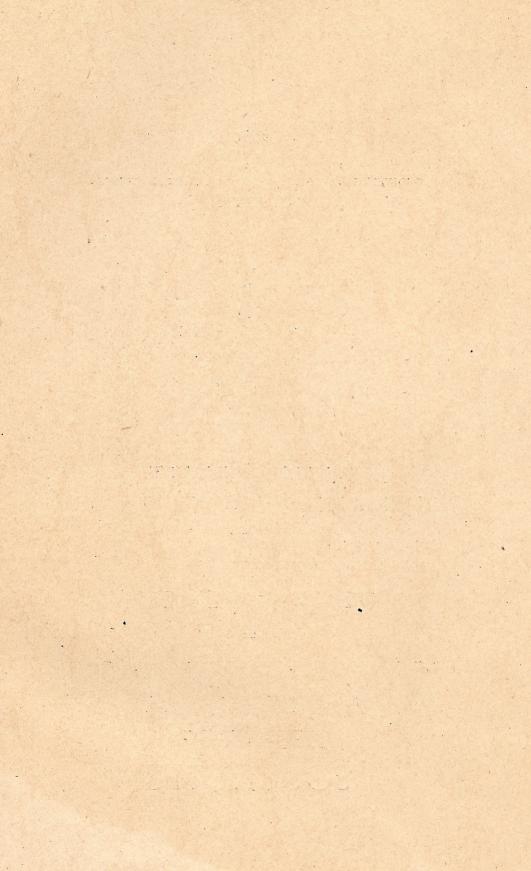
1896-97.—Lecciones sobre el Arte Griego en el Ateneo de Madrid, como profesor de la Escuela de Estudios Superiores del mismo.



DISCURSO

DEL ILMO.

SR. D. ADOLFO FERNANDEZ CASANOVA



SEÑORES ACADÉMICOS:

El insigne honor que me habéis dispensado al elegirme para llevar vuestra representación en el solemne acto de recepción del nuevo Académico Sr. D. Emilio Nieto, si origina, en tesis general, la triste misión de consagrar una corona de siemprevivas al amigo entrañable que ha desaparecido de nuestro seno y, en compensación, la placentera de ceñir otra de laurel al que por sus indiscutibles merecimientos viene á reemplazarlo, en esta ocasión predomina para mí la nota triste, pues no sólo se representa en mi mente la grandiosa figura de D. Juan Facundo Riaño, que, con general aplauso, llegó á ocupar el primer sitial de esta Academia, y de cuyos grandes merecimientos acaba de presentarnos su sucesor tan acabado cuadro, sino que se aviva también en mi ánimo la imperecedera memoria del preciado artista, cumplido caballero é integérrimo ciudadano D. Lorenzo Alvarez Capra, que fué uno de mis más queridos condiscípulos y que, por especiales circunstancias, estaba seguramente más llamado que yo á llevar hoy vuestra voz, si la parca cruel no le hubiera arrebatado de entre nosotros tan prematuramente.

Para cumplimentar, Señores Académicos, vuestro mandato, debo, siguiendo la costumbre establecida, enumerar los méritos y servicios que justifican la elección del nuevo Académico; pero, siendo sus merecimientos tan numerosos, voy á describirlos tan solo á grandes rasgos, á fin de mortificar lo menos posible la notoria modestia del interesado.

Pueden estos merecimientos clasificarse en generales, de carácter jurídico administrativo y parlamentario, y especiales, relativos á las Bellas Artes.

En el primer concepto cursó el Sr. D. Emilio Nieto con la mayor brillantez las carreras de Derechos civil y administrativo, y apenas salido de las aulas obtuvo el nombramiento de profesor auxiliar de la Universidad Central. Fué, poco después, Oficial de Secretaría del Ministerio de la Gobernación; y luego, sucesivamente, Gobernador civil, Director general de varios Departamentos, Subsecretario del Ministerio de Gracia y Justicia y Consejero de Estado.

Como escritor, ha publicado distintas é importantes obras de Filosofía política, entre las cuales descuellan las tituladas *Los Gobernantes y Gobernados y El Rey-pueblo*, cuya singular trascendencia tan encomiada ha sido, no sólo entre nosotros, sino también por ilustres publicistas extranjeros.

Su actividad incansable le llevó también al estadio de la Prensa, donde publicó muchos trabajos y sostuvo importantes discusiones, que contribuyeron grandemente á acreditar su nombre. Durante larguísimo período ha venido siendo Diputado á Cortes, sin interrupción, por el mismo distrito, hasta que al fin fué honrado por S. M. con la Senaduría vitalicia. Sus múltiples é incesantes trabajos parlamentarios son de tal importancia y tan conocidos, que considero inútil enumerarlos. Fué también nombrado Consejero de Instrucción pública hace más de veinte años y ratificado después en este cargo por elección unánime de la Escuela Superior de Madrid y de las provinciales de Bellas Artes, como su único representante en aquel Alto Cuerpo.

Si bien los aquilatados conocimientos que tan brillante carrera patentizan son, en su mayor parte, ajenos á nuestro Instituto, sabeis, sin embargo, Señores Académicos, que ocurren frecuentemente en el seno de nuestra Corporación cuestiones incidentales jurídico-administrativas que hacen siempre estimables los valiosos datos que en tal concepto puede aportar el nuevo Académico.

Pero exigen mi especial atención los trabajos del se ñor Nieto relacionados con las Bellas Artes, á las que mostró especial predilección desde sus más juveniles años, publicando primero diversos trabajos de Estética y de Crítica artística y después otros varios, entre los que descuella la obra *El Realismo en el Arte Contemporáneo*, de cuya interesante materia fué el Sr. Nieto el primer paladín en España, viéndose obligado á sostener en el Ateneo importantes debates, que acreditaron su compe-

tencia en tales materias. Y no se limitó el Sr. Nieto á ser un admirador entusiasta de las bellas artes, sino que otorgó á éstas su más decidida y eficaz protección desde los altos puestos que ocupó en la Administración y en el Parlamento.

Primero como Consejero de Instrucción pública y después como Presidente de su Sección de Bellas Artes, despachó multitud de asuntos, y presidió numerosos Tribunales de oposiciones á cátedras de enseñanzas artísticas.

Como Director general de Instrucción pública, atendió, con especial solicitud, á los intereses artísticos del País, no sólo fomentando las enseñanzas existentes y creando otras nuevas, sino también prosiguiendo con perseverante energía la restauración de nuestros venerandos monumentos, y organizando, por último, en brevísimo plazo, la concurrencia de España á la Exposición Internacional de Bellas Artes de Viena, en la que nuestra nación obtuvo tan señalado triunfo.

Como representante del País, no sólo ha venido trabajando sin descanso, en el Parlamento, en pro de las enseñanzas artísticas, contribuyendo directamente á la creación de las Escuelas de Artes é Industrias, cuya falta tanto se hacía sentir en nuestra patria, sino que, tras un largo y continuo batallar, alcanzó por fin el más lisonjero éxito, haciendo que las Escuelas provinciales de Bellas Artes, que, sostenidas por las Diputaciones, arrastraban tan mísera y lánguida existencia, hasta el punto de no poder ya sostenerse algunas de ellas, por hallarse sumidas en el más punible abandono, pasasen directamente á cargo del Estado, en cuanto al sostenimiento de su personal do-

cente y del material necesario para las enseñanzas, con lo que imprimió á tan importantes Centros, hoy transformados en Escuelas de Artes é Industrias, la vida y el vigor necesarios para que puedan llegar á cumplir bien en su día la importante y trascendental misión de enseñanza de la clase obrera, á que están principalmente consagrados, y, para cuyo progresivo desarrollo, continúa trabajando el Sr. Nieto con incansable afán y fructíferos resultados.

Profundamente agradecidos los Claustros de las once Escuelas provinciales á los grandes beneficios obtenidos por el Sr. Nieto, en favor de las enseñanzas artísticas españolas, acordaron dedicarle, como relevante muestra de su eterno reconocimiento, una gran obra de arte ejecutada por el insigne artista Sr. Benlliure, para lo cual se inició la suscripción consiguiente; y como el Sr. Nieto, en su exquisita caballerosidad, se negó terminantemente á admitir obseguio alguno que significase el más leve descuento en el haber de los profesores, decidieron éstos dedicarle variadas obras de arte ejecutadas por ellos mismos. que el Sr. Nieto no pudo ya excusarse de admitir, y que, compitiendo en gusto y elegancia, han convertido el hotel del recipiendario en interesante museo, que, no sólo constituye un fiel trasunto del arte español contemporáneo, sino que tiene para el Sr. Nieto una elevada significación moral, como expresión de eterno afecto y consideración del respetable Profesorado artístico de la nación.

Tal es, reseñada á vuela-pluma, la síntesis del inestimable caudal de merecimientos con que el Sr. D. Emilio Nieto ingresa en nuestra Academia y á los que corresponde el hermoso Discurso de recepción que acaba de leer, no sólo por la feliz elección del tema escogido, que ofrece tan marcado interés de actualidad, sino, también, por el modo magistral con que el Sr. Nieto ha sabido desarrollarlo. Este trabajo, más bien que un Discurso de recepción, es, como acabais de ver, un Tratado de Estética, en que justifica el nuevo académico la eficacia decisiva del arte en la dirección de los destinos humanos, de donde resulta, como ineludible consecuencia, el deber artístico, individual y social. Examina su autor cómo corresponde cumplir esa exigencia á los individuos y á la sociedad, y termina demostrando la necesidad de impulsar el arte decorativo en nuestra patria y las enseñanzas que conducen á tan plausible fin.

Estudia el Sr. Nieto los diversos puntos de un modo profundo y en forma elocuente, y los ameniza con ejemplos que aclaran los conceptos explanados, no limitándose á repetir pensamientos ya expuestos por otros autores, sino presentando varios conceptos originales, tales como la belleza universal, formal, inmanente y trascendente, y el concepto y definición de la belleza y su relación con la moral.

Explicados, pues, los diferentes pensamientos que comprende la obra literaria del actuante, con la debida extensión y en bien cerradas cláusulas, no debo intentar amplificaciones ni perisologías inútiles, y me limitaré, por lo tanto, á ligeras consideraciones sobre algunos puntos que, por no alargar más tan ya extenso Discurso, sólo apunta su autor.

Con razón afirma el nuevo académico que el hombre primitivo sólo gozaba con los placeres sensuales; pues teniendo que luchar con la Naturaleza para satisfacer sus necesidades materiales y resguardarse, al propio tiempo, de las inclemencias atmosféricas y de los ataques de las fieras, hubo de consagrar, en un principio, todas sus energías á la defensa propia y á la conservación de su existencia.

Pero de aquí surge inmediatamente la importante cuestión sociológica, relativa al origen y primeros gérmenes de civilización y de amor á lo bello de las más remotas sociedades ibéricas, para poder deducir si nuestros aborígenes quedaron ó no rezagados de las restantes tribus coetáneas del continente en rendir al arte fervoroso culto; y, por lo tanto, si resultan, en el concepto artístico, verdaderos progenitores de las diversas generaciones que, en tiempos muy posteriores, han venido mostrando, en nuestro pueblo, tan ingénitas facultades artísticas.

La mayoría de los autores, aceptando la clasificación arqueológica, reconocen, con ligeras variantes, dos épocas muy marcadas, anteriores al conocimiento de los metales, á saber: la arqueolítica paleolítica, ó de la piedra tallada, y la neolítica, ó de la piedra pulimentada; y, aunque no hay datos positivos respecto á la primera raza pobladora de España, se cree haya sido la de Canstadt, á la que se atribuyen algunos de los más antiguos restos encontrados.

A esta raza sucedió la de Cro-Magnon, que algunos prehistoristas asimilan á los iberos occidentales, nuestros verdaderos aborígenes según respetables historiadores, y que fueron á su vez sojuzgados por los celtas, fundiéndose, por fin, ambas razas en el pueblo celtíbero, que alcanza ya los linderos de la Historia.

Parece que los iberos fueron en su origen trogloditas; pero, extendida grandemente la población en el transcurso de los tiempos, resultaban ya insuficientes las cavernas para su albergue, por lo cual hubieron de erigir aldeas, ya en las costas, en las orillas de los ríos ó en las alturas.

Los intereses locales y las disensiones entre las diversas tribus produjeron frecuentes choques, de donde surgió la necesidad de fortificar las primitivas aldeas con torres, completadas con sistemas de atalayas y señales visibles á largas distancias, lo que, según los historiadores griegos y romanos, constituye una particularidad de los pobladores españoles y africanos.

En el estado actual de la prehistoria española es difícil precisar la región geográfica ocupada por los iberos para poder apreciar su grado de cultura y de facultades artísticas. Algunos autores opinan que provienen del África y entraron en Europa por el Sur. Otros juzgan probable que provengan de la Atlántida, gran continente que parece debió existir en antiquísimas edades desde las Canarias á las islas de Cabo Verde, y de la que los cultos guanches de la Gran Canaria resultan los habitantes autóctonos, cuyas costumbres se asimilan tanto á las de los peninsulares. Opinan también algunos que la raza aria, primera pobladora de la península, ocupó, desde luego, la fértil región comprendida del Ebro á los Pirineos y desde el Gállego al Mediterráneo, y que se extendió más tarde á la Bética, no faltando, por fin, quien considere al

pueblo Kheta como el porta-estandarte de los primeros gérmenes de nuestra civilización.

No menos dudoso se presenta hoy el origen de los vascones, continuándose con ardor la larga y aún no resuelta polémica que viene sosteniéndose entre los vascófilos españoles y extranjeros y los anti-iberistas, sobre si los eúskaros son descendientes de los antiguos iberos ó de los celtas, ó bien, si proceden directamente del África, ó fueron turanianos que, en remotas edades, arribaron á las montañas pirenaicas. Si han conservado á través de los siglos la verdadera lengua autóctona de España, ó si, poseyendo un pobrísimo idioma aglutinante, necesitaron apropiarse de los iberos las palabras que les faltaban; y, por fin, si eran refractarios á todo germen de cultura, ó si, por el contrario, se civilizaron con igual rapidez que los iberos del resto de la península.

Por último, M. Rhys, en su notable Memoria sobre las inscripciones ógmicas de los Pictos septentrionales, dedujo: que estos eran iberos por su origen, que el vascuence se habló desde tiempo inmemorial en las dos grandes islas del mar Cantábrico, y que, si bien se mezcló más tarde la sangre de estos aborígenes con la de los invasores celtas, se conservaron, tanto en el lenguaje y escritura, como en las instituciones, rasgos característicos de la raza conquistadora.

Sin embargo, en medio de tan encontradas opiniones parece indudable que la raza de los Cro Magnon, que tanto se ha extendido en el tiempo y en el espacio, es la que ha ocupado gran parte, al menos, de nuestra península, cual lo atestiguan los caracteres osteológicos de los restos

humanos hallados en diferentes puntos de nuestro suelo, y cuyas interesantes y muy sentidas obras artísticas, que en nada ceden á los más bellos ejemplares de las épocas paleolítica y neolítica descubiertos en el resto del continente, prueban, no sólo las grandes dotes artísticas de los cro-magnonienses iberos, sino también un estado de gran florecimiento artístico, que supone fecundo germen, nacido ya en la época anterior, y que se desarrolló, en la que nos ocupa, con gran vigor y lozanía.

Aplicó el arte esta raza, tanto á las obras de alfarería, como á las de asta de reno y de ciervo, á las de marfil y acaso á las de piedra.

Numerosos son, en verdad, los yacimientos de alfarería con que contamos, desde los situados en la costa meridional de la península, hasta el de Ortigueira en la Coruña, recientemente descubierto por el joven y ya insigne arqueólogo don Federico G. Maciñeira, cronista de aquella villa.

De las múltiples colecciones que estos descubrimientos han suministrado al arqueólogo y al artista, las carmonenses figuran entre las más interesantes, tanto por el número y variedad de los ejemplares, cuanto por comprender toda la serie cronológica de tan interesante industria artística, desde las primitivas é indígenas, que me cupo la satisfacción de daros á conocer oportunamente, (1), y que se creen debidas á la raza de Cro-Magnon, hasta las correspondientes á la época pre-romana, y en cu-

⁽¹⁾ El estudio de estos primitivos descubrimientos que pude efectuar, con los dibujos y datos que se dignó suministrarme el señor Sales Ferré, se publicó en el *Boletín* de esta Academia de Diciembre de 1893.

yas fases intermedias se acusan las influencias sucesivas que, tanto en la fabricación, como en el género y carácter de los ornatos, imprimieron las influencias de las civilizaciones con quienes la indígena fué relacionándose sucesivamente.

La ornamentación de la mayor parte de estas obras esencialmente geométrica es muy variada, presentándose los dibujos de los objetos pertenecientes á la edad pétrea unicoloros y sacados en hueco, ya lineales ó sombreados, y, en uno y otro caso, hechos con líneas, bien llenas, ó de puntos, que dan á estos ejemplares una variedad superior á las empleadas en las restantes estaciones pétreas y de transición de que tengo noticia en la península.

Después se rellenan ya los huecos con una pasta que destaca del fondo local más obscuro y que guarda marcadas analogías con los productos similares de Ciempozuelos, y, por fin, aparece, como última manifestación de las obras pre-romanas, la ornamentación polícroma.

Así como para las obras de alfarería se concretaron los antiguos carmonenses al empleo de la ornamentación geométrica, en cambio, para las de hueso, prefirieron desde luego la imitación de la fauna.

En los más antiguos ejemplares se encontró la cabeza de un ave; la cabra montés, bien sola ó marchando un mamífero en pos de otro, como en hato, y peces dispuestos en igual posición relativa, ó sea en cardumen.

En la representación de la fauna terrestre y marítima, si bien no se muestra todavía ninguna composición artística, sin embargo, revelan de tal suerte estos remotísimos grabados, de arte al parecer indígena, el sentimiento de la proporción y de las bellas formas, que se vislumbra ya en ellos el germen de las eximias producciones artísticas que estaba llamado á producir en su día tan privilegiado suelo.

Se han encontrado también otros fragmentos de hueso, concha y marfil, entre los que apareció primeramente una cabeza de mujer de carácter marcadamente egipcioy una cabeza y torso de carnero, de formas esencialmente asirias, y, por fin, han aparecido diversos ejemplares representando figuras humanas, leones y grifos, dibujados siempre de perfil, y en todos los que se descubre un marcado carácter oriental.

Resulta, pues, plenamente comprobado, tanto por la factura, como por la diversidad de clases y formas de los objetos encontrados, que, remontándose la estación que nos ocupa al período paleolítico, debió subsistir hasta pleno período histórico, en cuyo intermedio los fenicios, posesionados del mar interior y de la feraz Tartéside, empezaron seguramente á importar en las estaciones carmonenses las influencias del grandioso arte de Osiris, transmitidas por sus factorías en la costa africana y las orientales, debidas al vasto comercio que mantenían con Nínive y Babilonia, por conducto de Asiria.

Examinado el grado de perfección que lograron alcanzar las razas neolíticas ibéricas en la representación plana de los seres animados, réstame investigar los comienzos de la escultura, relieve y de bulto redondo, donde tanto acrecen las dificultades, citando al efecto algunos de los ejemplares conocidos.

En la torre ciclópea llamada de San Magín, de la

acrópolis tarraconense, existe, en uno de los inmensos pedruscos de su coronación, una cabeza de mujer de grandes proporciones, esculpida en medio relieve, de tipo al parecer malabar.

En el precitado yacimiento carmonense se ha encontrado, á la entrada de cada túmulo, una gran piedra que, según la mayoría de los escritores, reproduce toscamente las formas, ya de la cabeza ó completas de un animal, bien cuadrúpedo ó volatil, reales ó fantásticos; pero hay quien niega, en absoluto, tal representación (1), y es en verdad deseable el esclarecimiento de este punto, para deducir si los albores de la representación corpórea de los objetos en piedra comienza ó no en los últimos tiempos de la época neolítica.

Los hermanos Siret han encontrado asimismo, en las tumbas descubiertas entre Cartagena y Almería, groseras figuras de tierra cocida representando vacas, y cuyas obras corresponden á la época neolítica.

En la región ibérica central merecen singular mención los célebres toros llamados de Guisando, y también de Avila, que parece ha sido el centro de la comarca en que se desarrolló esta especial escuela escultórica.

Estas rudas esculturas, ejecutadas en piedra granítica, ofrecen diversos tamaños, y han sido objeto de grandes controversias sobre su origen y representación simbólica. Se han creído por largo tiempo de procedencia romana; pero hoy, la mayoría de los prehistoristas, se inclinan á considerarlas celtibéricas, juzgando que represen-

⁽¹⁾ G. Bonsor, Les Colonies agricoles pre-romaines de la vallée du Betis.

tan, ya ídolos ó monumentos conmemorativos de Hércules, bien estelas funerarias, ya, finalmente, mojones para demarcación de límites, en vista de que la situación de la mayoría de los toros y cerdos hoy conocidos parece corresponder, con ligeras variantes, á la línea que desde la desembocadura del Adaja en el Duero sigue entre Salamanca y Cuenca, continúa despues entre Avila y Segovia y termina á orillas del Guadiana.

De todas suertes, esta multitud de figuras escultóricas, que, según el escritor del siglo xvII González Dávila, se elevaba en su época á más de trescientas, patentiza el gran desarrollo que desde tan antiguos tiempos se otorgó á este especial género de escultura, de carácter marcadamente local, en la región central de España, lo que le presta singular valor arqueológico.

Respecto al conocido Cerro de los Santos, si bien es indudable que las esculturas encontradas corresponden á diversas épocas, y que no todas ellas son auténticas, resulta, sin embargo, que algunas de las estatuas que se estiman fidedignas ofrecen un carácter marcadamente egipcio, cual se verifica en uno de los grabados existentes en el yacimiento carmonense ya citado. También se ha descubierto un curioso toro, cuyos diversos detalles técnicos recuerdan, según M. Henzey, los monumentos de Caldea y Persia.

Entre los más selectos ejemplares metálicos de nuestra antigua escultura, merece singular mención la estatuita hueca de bronce fundido encontrada en Espasante, término de Ortigueira, y cuya autenticidad, en cuanto al yacimiento, es incuestionable, á causa de la veracidad

que distingue á su entusiasta y ya citado descubridor don Federico G. Maciñeira. La figura está de rodillas, cubierta la cabeza con un caparacete terminado posteriormente en asa, con pendientes y pechos radiados. Las extremidades superiores se hallan substituídas por dos cabezas tocadas, como las del individuo á que pertenecen. Es tan singular esta escultura, que, enviadas las fotografías que la representan, de frente y de perfil, al Museo Arqueológico de Madrid, al Instituto de Francia y á los Museos de Berlín y de Inglaterra, no ha sido todavía debidamente clasificada.

En armonía con los adelantos obtenidos en la representación plana y corpórea de los seres animados durante las edades prehistóricas, progresó también el sublime arte arquitectónico de la península, substituyendo á la frágil y pobre cabaña primitiva, edificios más sólidos y cómodos, erigiendo fuertes castros para la seguridad y defensa del territorio, y sembrando éste de cromlechs y dólmenes, cuyas inmensas moles, en relación á los pobres medios de ejecución entonces disponibles, prestan á estas grandiosas fábricas un marcado sello monumental.

Tal es el inestimable plantel de artistas que se formó en España desde las edades pétreas y que, perfumado después con las importaciones fenicias, con las delicadas auras helénicas transmitidas por el Mediterráneo y con las poderosas corrientes de la cultura romana, preparó, no obstante el temporal eclipse producido por las bárbaras irrupciones septentrionales, las sucesivas generaciones destinadas á conducir el arte patrio, desde los monumentos ciclópeos á las sublimes creaciones del arte ojival, y

desde las primitivas y rudas representaciones corpóreas de seres animados á la sentida estatuaria del más floreciente período medioeval y á las bellísimas y depuradas formas del renacimiento.

Respecto al estado actual de la Instrucción pública, jeon cuánta razón se lamenta el actuante de la falta de condiciones adecuadas en que todavía se encuentra gran parte de los edificios destinados en nuestro país á tan importantísimo objeto, así como de la escasez de material de enseñanza!

Tales deficiencias no sólo se hacen tangibles en las Escuelas de Artes é Industrias, sino también en las superiores de Bellas Artes, que, en armonía con su destino, debieran ofrecer el carácter de Templos del Arte.

Buena prueba de tan defectuosos organismos es la Escuela de Arquitectura de Madrid, que, instalada en parte de un vetusto edificio, erigido para muy diverso fin, no sólo resulta reducida y falta de condiciones para las enseñanzas orales y gráficas, sino que carece por completo de talleres provistos de los correspondientes útiles y máquinas de ensayo de los diversos materiales.

De aquí resulta que, á pesar de las reconocidas dotes de mis comprofesores y de los buenos deseos que á ellos y á mí nos animan, no nos es dable imprimir á la enseñanza el carácter práctico tan indispensable en nuestra carrera y que tanto echan de menos nuestros queridos alumnos, cuyo amor al arte les induce á costearse las expediciones artísticas que realizan bajo la dirección de sus maestros y que antes se efectuaban por cuenta del Estado. Unicamente han conseguido nuestros alumnos rebaja de precios en los billetes de los ferrocarriles, cuyas Compañías merecen por ello gratitud de la Escuela.

Urge, pues, continuar con discernimiento y perseverante energía la obra de reforma va iniciada en la enseñanza de las artes é industrias, y en la que tanta participación corresponde al recipiendario, siguiendo así el ejemplo que nos suministran, no sólo las más adelantadas naciones del continente, sino también los Estados Unidos, que otorgan hoy á la enseñanza de las industrias artísticas tan decidida protección, á fin de eximirse del tributo que pagan al extranjero, á causa del amor que hoy se despierta en los millonarios yanquis á las artes suntuarias; y claro es que la reforma debe alcanzar en nuestro país á las Escuelas Superiores, á fin de poder formar planteles de obreros, con sus correspondientes directores, que, utilizando las naturales dotes artísticas de nuestro pueblo, y dominando los progresos que las modernas industrias han logrado alcanzar en los procedimientos de fabricación, sean dignos sucesores de aquellos antiguos gremios que tan inestimables obras artísticas nos han legado en metalistería cincelada y repujada, cerámica, vidrieras de imaginería, bordados, tejidos y tapicería.

Pero no basta este esfuerzo en la enseñanza experimental de artes é industrias; es también necesario que las clases elevadas, inspirándose en el más puro patriotismo, se asocien al movimiento general, renunciando cuanto sea dable á los productos de fabricación extranjera, tan costosos, á causa de la enorme depreciación que hoy sufre nuestra moneda, y otorgando á las artes é industrias españolas el más decidido apoyo, con lo que obtendrán la gran satisfacción moral de mejorar la situación de nuestros sufridos obreros.

La Prensa nacional, siempre defensora de cuanto se relaciona con nuestro engrandecimiento, es la más directamente llamada á iniciar tan patriótica campaña, con lo cual contribuirá, en alto grado, no sólo á sacudir en pocos años la vergonzosa tutela extranjera á que, en el terreno industrial, nos hallamos aún sometidos, sino también en obtener el restablecimiento del equilibrio mercantil, evitando la exportación de nuestros capitales, que tan pobremente se cotizan hoy más allá de los Pirineos.

Réstame hacer ligeras reflexiones sobre las fuentes en que debe inspirarse el artista, para que pueda cumplir dignamente la elevada misión que está llamado á desempeñar en nuestra tan anhelada regeneración artística.

Con sobrada razón considera el recipiendario la necesidad que experimenta el artista de inspirarse en el espectáculo de la Naturaleza, pues las bellezas de la creación, ya circunscritas á la superficie terrestre en sus formas inmediatamente tangibles á nuestros sentidos corpóreos, ó en los microscópicos mundos que ellas comprenden, ó ya remontando nuestra mirada á través de los espacios interplanetarios, nos suministran por doquier los más variados motivos de las bellas formas, y, por lo tanto, ricas y luminosas fuentes de inspiración para el artista.

En el primer concepto, ya penetremos en la selva umbría, ya recorramos el florido vergel, ya estudiemos las accidentadas y movidas siluetas de las cordilleras, ó los deliciosos paisajes de las vegas y las encantadoras marinas de las costas, encontramos, por doquier, bellos panoramas en que, á porfía, se nos presentan interesantes ejemplares de los tres reinos de la Naturaleza, que excitan nuestro instintivo sentimiento de las bellas formas, así como los melodiosos trinos de las canoras aves que las pueblan inspiran en nuestro ánimo el sentimiento de la bella audición.

Si de la corteza terrestre, con su purísimo cielo, sus esplendentes arreboles, su bella y olorosa flora, y su interesante y multiplicada fauna, pasamos con el pensamiento al seno de los mares, parecen también á nuestra vista innúmeros seres singularmente notables por sus bellas y originales formas y por su brillante colorido, cual se verifica: entre los espongiarios, con la interesante euplectella de Filipinas, de sólido y elegante enrejado silíceo; varios zoofitos fosforescentes con vivas y variadas entonaciones luminosas; las actinias, llamadas anémones de mar por su florido aspecto; la pennátula, de elegantísimas plumas; la medusa, con delicados visos azulados y rosáceos; los estimados coraliarios blancos y rojos; los numerosos y variados moluscos, cuyos elegantes caparazones han sido siempre admirados, y entre los que se cuentan las enormes tridacnas que sirven de pilas de agua bendita; los grandes strombus; la rica y bella madre-perla; la carinaria, bellísima concha de aspecto cristalino, y, por fin, el argonauta, notable concha del Océano Indico, así llamada por la doble serie de dilatados tentáculos que semejan las velas y remos de las naves romanas.

Si de la contemplación del mundo terreno, directa mente asequible á nuestros sentidos, pasamos al inteligente examen de los infinitos mundos microscópicos que aquél abarca en su seno, encontramos en las secciones de órganos y tejidos de los seres vivientes nuevos y singulares atractivos.

Descuellan por su hermosa variedad las notables escamas y plúmulas de las encantadoras mariposas; las regularizadas y admirables conchas calcáreas de los microscópicos foraminíferos, y las todavía más bellas valvas silíceas de los policistinos, enriquecidos por esculturas de rara elegancia y extensos poros regularmente dispuestos en finas redes; pero, donde mejor puede admirarse el desiderátum de las bellas formas es en las microscópicas diatomeas, cuya rígida envolvente silícea ofrece las más regulares formas, ya poligonales, circulares ó elípticas, y cuyas agrupaciones, tanto por las figuras de sus elementos, cuanto por la manera de efectuar la yuxtaposición, dan lugar á caprichosos conjuntos, ya zig-zageados, en abanico ó en espiral.

Veamos, finalmente, si es dable al artista entrever, al menos, las maravillas celestes, ya que no le sea dable gozar por completo del puro éxtasis que le proporciona la contemplación directa de las terrenas.

Con el sistema ptolomaico, fundado en la apariencia del movimiento sensible de los cuerpos celestes en torno de la tierra, como centro de la creación, que, en la finalidad de la edad antigua y durante la media, predominó por completo en el mundo entonces conocido, resultaba el firmamento tan indescifrable logogrifo que es fama que, confundido el rey Alfonso el Sabio, exclamó un día, en su observatorio de Sevilla, que «si hubiera estado presente en la creación, habría propuesto á Dios otro plan más acertado».

Efectivamente, los ocho cielos que Ptolomeo había ideado, y el noveno llamado primum movile, destinado á ponerlos en movimiento, constituían una máquina tan complicada que, para evitar el trastorno de la creación, se consideró indispensable destinar un ángel a mover cada cielo.

El poderoso genio de Copérnico, que, superior á las preocupaciones de su tiempo, de acuerdo con las teorías ya expuestas por algunos sabios de la antigüedad, arrancó del centro del Universo el pequeño globo que habitamos, haciéndolo girar, así como á los demás planetas, en derredor del Sol; las verdaderas leves del movimiento planetario, deducidas por Kepler, y la de la gravitación universal, establecida por el insigne Newton, forman, como es sabido, las racionales bases de la Astronomía moderna, reforzada en nuestros días con el portentoso invento del análisis espectral que, completando los grandes adelantos de la mecánica celeste, permiten hoy al astrónomo no sólo calcular las inmensas distancias que nos separan de las estrellas, sino también determinar los movimientos de estos soles y aun de algunas nebulosas, haciéndonos presentir la portentosa unidad de elementos que constituyen el Universo, en el que nuestro planeta sólo representa un átomo.

Tan portentosos descubrimientos no sólo impresionan moralmente nuestro espíritu, impulsándonos á reverenciar al Divino Hacedor de tantas maravillas, sino que cautivan profundamente nuestro sentimiento estético, tanto las admirables leyes de unidad y armonía que rigen el Universo y las inconcebibles distancias que nos separan de algunas estrellas, cuya luz, á pesar de la vertiginosa rapidez con que camina á través de los espacios etéreos, tarda muchos años en llegar á nuestro planeta, como, en fin, esos misteriosos mundos, iluminados, ya por soles múltiples ó por estrellas diversamente coloreadas.

Estas constelaciones siderales ofrecen, pues, á nuestra vista magníficos espectáculos, y como sensible representación de lo infinito, son incomparablemente más grandiosos que los que ofrece la superficie terrestre, y constituyen, por lo tanto, el más perfecto prototipo de variedad en la unidad, de orden y de sublime belleza en que puede inspirarse el artista.

Completa la serie de fuentes de inspiración el examen de los monumentos, así arquitectónicos, como de pintura y escultóricos que nos legaron las diversas edades; pues pudiendo apreciar en ellos la diversa estilización é interpretación artística de las bellezas que nos ofrece la Naturaleza, según el genio y sentimientos de cada época y de cada región, se abren al artista nuevos y luminosos horizontes, que fecundizan grandemente sus naturales facultades estéticas.

Mas para que el genio pueda suministrar ópimos frutos, dado el carácter esencialmente expansivo que ofrece la belleza, es preciso, como acertadamente discurre el nuevo académico, que el artista respire un ambiente adecuado para que las brillantes concepciones de su fantasía puedan ser debidamente apreciadas por la sociedad en que vive y se desarrolla, haciendo al efecto comprender á nuestro pueblo cuán inefables son los puros goces que la belleza, acompañada de los sentimientos morales, produce en nuestra alma, y desarrollando sus naturales dotes de delicadeza y de sentimiento estético, para que pueda discernir y apreciar debidamente la verdadera belleza.

Tanto puede en las artes el *buen gusto*: elegidle por juez; y haciendo gratas del *genio* la invención y la riqueza dé á vuestras obras unidad, enlace, proporción, orden, sencillez, belleza. (1)

Tales son, señores Académicos, los bellos ideales en que se inspira el elocuente Discurso del recipiendario, á quien, para terminar, me complazco en transmitir vuestro cordial parabien, congratulándome, á la vez, por el ingreso en nuestra Corporación de tan decidido y entusiasta campeón del Arte, que podrá contribuir así más eficazmente, con sus aquilatados conocimientos, su perseverante amor al trabajo y su alto prestigio social, al engrandecimiento de las Bellas Artes españolas.

HE DICHO.

⁽¹⁾ Martínez de la Rosa,

